



SS

**SERVICIO
SECRETO**

PETER DEBRY

**LA BELLA DEL
BOSFORO**

Lectulandia

Novela bélica ambientada en la segunda guerra mundial, en una Croacia convulsionada por el conflicto entre los colaboracionistas nazis y los guerrilleros partisanos que coordinan sus acciones con los servicios secretos británicos. Amor, traición y dignidad se entremezclan en un mundo en ebullición.

Barry Leonard, agente del Intelligence Service se encuentra en una prisión de Ankara detenido por el feroz nazi croata Fernc Karpo, jefe del contraespionaje yugoeslavo; fracasado su intento de contactar con el jefe de la resistencia croata, Vlado Davidovitch, Leonard espera la muerte al amanecer. Desesperado consigue huir y lo hace en medio de una arriesgada acción; cuando está cruzando las aguas del Bósforo, una mujer cae desde un puente cercano en un aparente intento de suicidio; la salva y descubre al día siguiente que ella es Olga Nissen, «la bella del Bósforo», una turbadora cabaretera que había sido amante de Karpo.

Lectulandia

Peter Debry

La bella del Bósforo

Bolsilibros: Servicio Secreto - 24

ePub r1.0

jala y xico_weno 02.07.17

Título original: *La bella del Bósforo*
Peter Debry, 1951
Portada: Provensal (presumiblemente)
Ilustraciones: Macabich

Editores digitales: jala y xico_weno
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com



PETER DEBRY

La bella del Bósforo

1ª. EDICIÓN
ENERO - 1951

EDITORIAL
Proyecto, 2-T. 284453



BRUGUERA
BARCELONA (6)

LA BELLA DEL BÓSFORO

por
PETER DEBRY



CAPÍTULO PRIMERO

«LARGA ES LA NOCHE...»

La celda, fría, limpia, recordaba a Barry Leonard sus visitas a los quirófanos donde iba a estrechar la mano o despedirse para siempre de algunos compañeros de profesión, caídos en cumplimiento de sus trágicos deberes.

Agentes como él, del «Intelligence Service», la poderosa organización de contraespionaje y también de información inglesa.

Pero de los quirófanos alguna vez se salía con vida. De aquella celda iba a ser difícil.

Le reprochaban a Barry Leonard su sentido excesivo del humor, que a veces resultaba casi cruel, despiadado. Se excusaba diciendo que la primera víctima de su sarcasmo era él mismo.

Y ahora, en aquella fría noche de febrero de 1943. Barry Leonard, paseando por la celda de los sótanos de una exótica cárcel turca, se daba abrazos para calentar su cuerpo entumecido, hablando en voz alta para evitar pensar calladamente, cosa que siempre había estimado perjudicial si se prolongaba:

—No lo puedo negar. La policía turca es amable. Me han cogido limpiamente al entrar en mi habitación del hotel. Me esperaban con pistolas ametralladoras, pero han sido amables, casi cordiales. «—Lo sentimos mucho, señor Leonard», dijo el comisario. «Tenemos orden de conducirlo a Grastko, para ser interrogado sobre los motivos de su presencia en Ankara». Cualquiera resiste tal invitación, cuando una negativa hubiera supuesto ser acribillado por las cuatro fachadas.

Se detuvo en el centro de la celda, porque oía pasos. Unos pasos que resonaban amplificados, en aquella galería bien iluminada, de lisas paredes y rejas sólidas.

Al otro lado de la reja, se inmovilizaron dos hombres. Iban de paisano y sus semblantes poseían unas miradas glaciales, cortantes, sin odio, simplemente escrutadoras.

Uno de ellos tenía ojos rasgados, asiáticos. Miró su reloj de pulsera con gesto maquinal.

El otro, llevaba un papel mecanografiado al cual echó un vistazo.

—Buenas noches, señores —dijo Barry Leonard en inglés.

El inglés en que le contestó el que apartó los ojos de la lectura era perfecto, demasiado gramatical.

—Usted se llama Barry Leonard, súbdito británico, perteneciente al «Intelligence». Treinta, y tres años, inscrito como comisionista de una industria de maquinaria suiza, residente en Ankara desde hace tres días. Tales datos, menos, lo

referente a su calidad de espía, figuran en el pasaporte y registro del hotel.

Barry Leonard asintió, para decir después:

—Creo necesario alegar que en estos tiempos de guerra, cualquier viajante inglés es supuesto agente de espionaje.

—Tenemos pruebas, Leonard. Su misión era ponerse en contacto con los terroristas yugoeslavos del guerrillero. Davidovitch, el cual se halla en Ankara y pronto caerá preso. Le notifico que no es preciso desmienta cuanto digo. El caballero que me acompaña es Ferenc Karpo, jefe del contraespionaje yugoeslavo, y personal enemigo del guerrillero Davidovitch.

El personaje de los ojos rasgados y pómulos salientes asestó una ojeada totalmente indiferente al espía británico. Dijo en gutural inglés:

—Las autoridades turcas desean conservar incólume su absoluta neutralidad, Por tanto, han dictado sentencia de acuerdo con mi petición. Será usted fusilado dentro de dos horas en el patio de la cárcel. Puede solicitar cualquier cosa razonable, Barry Leonard.

—Solicito lo legal. Un consejo de guerra, con defensor, y aportación de pruebas —replicó con serenidad Leonard.

—Toda la documentación, referente a su caso está en regla, y a disposición del cónsul británico, si la pidiese..., circunstancia que en tales sentencias no se da —y Ferenc Karpo desapareció de la visualidad de Barry Leonard, oyéndose sus pasos alejarse.

El comisario turco dijo:

—Es usted de religión protestante. Puede pedir el auxilio espiritual de un pastor.

—Gracias. Escuche, comisario... No tengo tabaco ni cerillas.

—Lo lamento, señor. Buenas noches.

Se fue, y Barry Leonard palpó en su bolsillo lo único que le habían dejado. Una pipa.

Pensó en Dillinger, el famoso *gangster* que logró huir de la más vigilada cárcel norteamericana, construyendo pacientemente una pistola de madera.

Madera que ennegreció con betún y apoyó en el pecho del carcelero, cogiéndole su arma y abriéndose paso a tiros hasta el torreón de centinelas. Una vez allí salló al vacío, se rompió una pierna... pero logró evadirse.

—Esto sólo pasa en Norteamérica.

«Barry —recordó le dijo el jefe del “Intelligence” en Londres, antes de que emprendiera su viaje a Turquía—, otra cosa no debe echar en olvido. El espionaje yugoeslavo es artero y eficaz. Emplean un recurso hábil. Sentencian a muerte, a veces sin pruebas. Hay una guerra inexorable, y no se pueden aplicar los humanos reglamentos normales. Un hombre condenado a muerte se franquea con el último acompañante. Le pedirán si quiere un pastor, éste, en realidad, es un agente, que tratará de sonsacarle. Recuérdelo, aunque espero no se verá en trance tan apurado, si bien en peores se vio, y sin embargo está aquí conmigo».

Rió entre dientes Barry Leonard. Explotar el sentimiento agónico de un condenado a muerte, que pide cordial diálogo con su ministro del Más Allá, era una treta odiosa. Si bien todo era odioso, cuando los hombres emplean su inteligencia en matarse con saña.

Pesadas botas martillearán el suelo de la galería. Dos soldados y el carcelero, que abrió la reja. Los soldados, quedaron invisibles, apartándole a ambos lados, permaneciendo al exterior.

El carcelero cedió el paso a un individuo, vestido con chaqueta y pantalón negros, y cuyo rígido cuello de celuloide contrastaba con su ropa.

Tenía un rostro muy inglés: afeitado, tan de cerca parecía imberbe. Rubio, ojos azules, labios delgados.

—Buenas noches, amigo mío. Soy el reverendo Potter, de la iglesia anglicana de Ankara. Hubiese preferido entablar amistad contigo en mejores condiciones.

—¡Bah!, no se ponga melancólico, señor. Jugué y perdí.

—No quiero tu confesión contraria a nuestro credo, amigo mío; pero si quieres enviar algo a quienquiera que sea y donde sea, dispón de mí. Sentémonos y charlemos...

Potter se sentó en el camastro. Leonard lo hizo a su lado.

—Servir a la patria, nunca es delito que el cielo castigue, amigo mío. ¿De qué parte de Inglaterra eres?

—Del propio Londres, señor. Nací en Chelsea.

—Barrio de artistas y bohemios. Yo nací en Sussex, bella tierra de pastos. Tengo pluma y papel, amigo mío, por si deseas escribir a tus familiares.

—Soy huérfano, señor.

Y de pronto, el supuesto pastor irguió el busto, mirando hacia su costado, donde un cañón de pistola acababa de hincarse. Con la misma voz tenue y confidencial que estaban empleando, dijo Leonard:

—Le aso, Potter, si grita o se mueve. Ésta, pistola me la acaba de entregar...

Potter, sorprendido, vio de pronto que lo que se hundía en su costado era el tubo de una pipa, pero ya no vio más, porque al disponerse a gritar quedó con la boca abierta.

Barry Leonard, con todas sus fuerzas, acababa de pegarle un izquierdazo en plena sien, recogéndole a la vez por el cuello, cuando Potter caía del lado opuesto.

Y alzó algo la voz Barry Leonard:

—Necesito hablar mucho con usted, reverendo Potter. Perdone si estoy nervioso, y me muevo andando, porque aquí sentado...

Fue hablando, mientras con lentitud, procurando hacer el menor ruido, despojaba de su chaqueta y cuello al desvanecido.

Repitió otra vez su izquierdazo a la otra sien, manteniendo abrazado al cómplice del servicio de Ferenc Karpo.

—... Y nunca volveré a ver mi amada ciudad, reverendo Potter. Pero usted me

hará el inmenso favor de ir tomando al dictado la carta que quiero dirigir a un amigo de Londres... Es confidencial y confío plenamente en usted.

Fuera los dos soldados escuchaban a la suficiente distancia para oír. Uno de ellos sonrió. Iba a empezar la confesión.

Barry Leonard, vestido ya, empezó a cubrir al agente con sus ropas. También él era rubio, ojos azules, labios delgados y firmes, pero era más alto, más ancho de espaldas, y su rostro, por lo demás, no tenía nada de común con el llamado Potter.

Bueno, bastaría con que el carcelero viera la manga negra asomar por entre rejas. Bastaría cogerle su pistola aprovechando el primer momento de sorpresa. Después, matar, matar...

Esto querían hacer con él. Y tenía que morir disparando, un final mucho más ardiente que el frío contacto del poste y la venda en los ojos.

Al penetrar en la cárcel de Grastko, su entrenado sentido de la orientación le había hecho dibujar mentalmente un plano de los pasos que iba dando.

La cancela de entrada, el cuerpo de guardia, la escalera de acceso al muro alto con sus garitas, el patio empedrado, una escalera y el descenso hacía la galería, cuya puerta semejaba la de un cofre fuerte.

No podría escapar, pero se llevaría por delante a unos cuantos que le acompañarían en su viaje definitivo al otro mundo.

Y mientras pensaba iba diciendo en voz exageradamente temblorosa, que podía respaldar sus incoherencias:

—... No soy espía; aunque lo parezca, reverendo. Dígaselo así a Percy, y que pronto podré pedirle al Alto Poder que perdone a todos los mortales sus muchos errores... ¿No leyó usted la novela de Graham Greene, «Larga es la noche»? Es la agonía de un hombre durante una noche que se le antoja inacabable. Tengo hambre y sed, reverendo. Quisiera quedar solo, y después, cuando haya comido y bebido, vuelva a visitarme.

Había registrado los bolsillos de la ropa que ahora llevaba puesta, pero no había la menor arma, ni siquiera un cortaplumas.

Era valiente hasta la temeridad, pero se trataba de morir matando, y no pudo impedir que un nudo atragantara su cuello, mientras acercándose asomaba la mano por la reja.

Se volvió para decir en voz muy baja:

—Hasta luego —y trató de imitar el puro acento de Oxford del que yacía con sus ropas en el camastro—. Valor, amigo mío.

Oyó rechinar el cerrojo y chirriar los goznes. Se volvió en giro veloz y su izquierda avanzó en garra hacia un cuello rechoncho, mientras su diestra se dirigía hacia el cinto de charol.

Un gruñido escapó de la garganta del carcelero aferrada por la izquierda de Leonard, mientras sus dos brazos se agitaban.

Los dos soldados, que llevaban mosquetón en banderola terciada al hombro,

alzaron la culata para quitarse el arma y servirse de ella. No comprendían aún lo que había sucedido, pero el reflejo instintivo les impulsaba al gesto mecánico.

Barry Leonard había ya extraído de la funda del cinto del carcelero la pistola, larga y pesada. El primer peligro estaba en el soldado de su derecha, que alzaba ya el cañón.

Con furia desesperada, porque sabía que no podría escapar, levantó la mano armada y estrelló la culata de la pistola en el centro del rostro del soldado.

Oyó crujir huesos y cartílagos, y caerse el fusil de manos del que rotas cejas, y nariz y privado de visión por el chorro de sangre que brotó a profusión de sus heridas, retrocedió al vigor del golpe hasta chocar contra la misma, reja.

Volvióse Leonard, y presenció el incidente que le favorecía. El carcelero, al empujón que dio para librarse de la garra que le asfixiaba, salió proyectado hacia atrás, golpeando con sus espaldas al soldado de la izquierda, el cual, lanzando una maldición, trataba de desembarazarse del peso del aturdido carcelero.

Muchas habían sido las intervenciones de Barry Leonard en embarulladas peleas cuerpo a cuerpo, y nunca se precipitaba, porque su mente tenía un entreno especial, que actuaba al mismo tiempo que sus acerados músculos.

Si disparaba habría la natural alarma... ¿Por qué no disparaba el soldado que seguía torpemente tratando de liberarse del peso del carcelero caído sobre él?

Y súbitamente, Barry Leonard vio que algo extraño sucedía: El carcelero rodeaba la mano del soldado que pretendía, apretar el gatillo para alarmar a los de fuera.

A la vez, su codo golpeaba con vigor el rostro del soldado. Se levantó cuando, inanimado, el soldado había dejado de luchar.

—Davidovitch me ha ordenado ayudarle —dijo velozmente y entrecortada la respiración, el carcelero, que a poco estuvo de perecer estrangulado—. Se adelantó usted. ¡Hay que impedir puedan avisar éstos!

A Barry Leonard le habían anunciado que la lucha entre las diversas facciones balcánicas se caracterizaba por un salvajismo increíble. Él conocía Yugoslavia y su idioma, pero en tiempos de paz.

Sabía también que el teatro de la guerra secreta yugoeslava tenía uno de sus principales centros en Turquía.

Se alejó hacia la puerta, que, al final de la galería, semejava una caja fuerte. No quería mirar hacia atrás, porque había visto al carcelero sacar un cuchillo e inclinarse sobre los soldados.

Le oyó entrar también en la celda.

—Davidovitch es mi cabecilla, y ha hecho favores a mi familia —dijo el carcelero, acercándose—. Usted se ha adelantado, señor.

—¿A qué?

—Yo quería darle una pistola, esta misma que ahora empuña, cuando faltara una hora para la ejecución. Coja el sombrero de Potter... Se llamaba Potter, y era inglés.

—Hay un Judas en cada nación.

—Usted debe ser muy importante para Davidovitch, señor.

—Vamos a lo práctico, amigo. ¿Y ahora qué?

—Saldremos. Usted húndase el sombrero del pastor Potter. Es de noche, y puede pasar por él. Atravesaremos el patio, y a mí me conocen. Nos abrirán la puerta... porque no saben que Ferenc Karpo espera al pastor en la sala alta del comisario. Lleve la cabeza agachada, como si meditara. Saldremos, si domina usted los nervios, aunque creo que no es usted un pusilánime impresionable. Un poco más y me rompe la nuez. Vaya detrás de mí señor.

Abrió el carcelero la puerta, cambiando palabras con el carcelero del exterior, y cubriendo el paso a Leonard.

Subiendo los peldaños, pensó Leonard en lo largos que se hacían los segundos aquella noche.

El patio era amplio y sus adoquines brillaban húmedos. En la muralla cuadrada y circundante los centinelas paseaban fusil al hombro.

Un patio de un centenar de metros, que le pareció a Leonard tener kilómetros y kilómetros a medida que lo atravesaba hacia la cancela de la salida.

Del cuerpo de guardia salió un suboficial, que eructó, mientras se mondaba los dientes con la larga uña de su meñique.

—Buen provecho, Akim —rió el carcelero—. Tengo que acompañar al reverendo a su coche.

—Peste de noche fría —se quejó el suboficial, mientras acercándose a la gran cancela, introducía en los cerrojos una gran llave.

Fuera, los focos de la cárcel taladraban la oscuridad, y cuando Barry Leonard dejó atrás los gruesos barrotes, creyó que la poderosa luz le transparentaba.

El carcelero andaba a su lado. De pronto, un agudo pitido se elevó.

—¡Las sirenas de alarma! —gritó el carcelero empezando a correr—. Se han dado cuenta. Atamal habrá pensado que los dos soldados...

De la muralla partieron varios disparos. Uno de ellos truncó la frase del carcelero, que dio un traspiés.

Barry Leonard corría en zig-zag, alejándose de los haces luminosos. Rebotaran varias balas a sus costados:

El carcelero, de bruces, estaba ya cribado, y su cadáver iba sacudiéndose a medida que una bala se le incrustaba tras otra.

Las sirenas gemían en lamentos crecientes. Barry Leonard pensó que estaba batiendo los récords mundiales de dos especialidades: carrera lisa y saltos de vallas.

Porque cruzaba setos con alado impulso, y devoraba metros y metros, corriendo como un gamo. No era más que un aventurero deseando salvar su existencia.

Ya la oscuridad de la noche le envolvía, y los temibles focos no le teñían de blancuras mortales. Pero oyó el ronco ruido de un motor que poniéndose en marcha abandonaba el patio de Grastko para salir en su persecución.

La cárcel de Grastko estaba situada en alta explanada al exterior de la ciudad, en

el litoral, junto a las plácidas aguas del Bósforo.

La maleza le ofrecía al fugitivo un refugio, pero no podía permanecer allí, porque pronto acordonarían aquel espacio. Siguió corriendo y saltando, desembarazándose del molesto cuello de celuloide y de la chaqueta negra.

El frío de la noche era ahora un agradable vigorizador, mientras Barry Leonard corría hacia el puente. El largo puente de hierro que unía aquel terreno inhabitado, por donde cruzaba la carretera procedente de Ankara, con el populoso barrio pescador de Derkos.

Un puente, maravilla de ingeniería, cuya largura era impresionante, y sus arcos tenían gigantesca proporción al ir sucediéndose sobre las aguas del Bósforo.

No pensaba Barry Leonard hacerse visible sobre el puente. Su intención era nadar hasta la margen de Derkos, y allí procurar perderse en la noche, buscando como fuera una barca, que le trasladara al otro lado del Bósforo.

Oyó el motor que agrandaba sus rumores aproximándose, cuando ya estaba al linde de la carretera y el puente.

Se agazapó, ocultándose tras el matorral de espinos y flores negras. El coche pasó con unos seis soldados, escrutando alrededor, y fue a detenerse más allá en la carretera.

Otros motores se oían. Empezaba el acordonamiento de la floresta que rodeaba la cárcel.

Miró un instante la cinta de la carretera cuyo asfalto tenía reflejos arrancados por la luna. Tenía, que arriesgarse. Si aguardaba más tiempo, volvería a caer en manos del implacable servicio secreto de Ferenc Karpo, el personal enemigo de Davidovitch.

La anchura de la carretera era apenas, de diez metros, pero también, le pareció a Barry Leonard mientras se arrastraba sobre codos y rodillas atravesándola, que nunca alcanzaría el borde del agua.

Se dejó resbalar por la pendiente hasta que de pronto la presión helada del mar le rodeó. Zambulléndose sin mover los pies, fue braceando. Vio una gran masa blanca acercársele.

Era el hormigón armado que sustentaba uno de los arcos del puente.

Le convenía ir sumergiéndose por bajo las arcadas, donde la negrura impediría hacerle visible. Alcanzaba el segundo jalón, y emergía para respirar, cuando encima de su cabeza resonaron agudos y estridentes unos pitidos.

Era el silbato policial. ¿Le habían visto? Entonces... ya no tendría ni el recurso de su pistola, mojada e inservible.

Siguió nadando impetuosamente. Pero quiso saber lo que sucedía y por dónde podía venirle el primer ataque.

Nadando de cara arriba, vio un cuerpo femenino escalar la barandilla, y agitar unos instantes los brazos... Corrían hacia la mujer varios policías. ¿Una perseguida? ¿Una suicida?

Barry Leonard sintióse repentinamente acometido de un odio personalísimo contra aquella desconocida, que elegía una hora tan importuna para arrojarse al agua, como cualquier modistilla en mal de amores.

Siguió nadando, y unos veinte metros delante de él, se elevó un surtidor de agua señalando el lugar en que la mujer acababa de hundirse.

Le faltaban aún unos treinta metros para alcanzar tierra firme, en el barrio Derkos. Cuando le faltaban apenas cinco, y se había desentendido de la ahogada, surgió la cabeza de negros y largos cabellos y unas manos finas, nerviosas, crispadas, agitándose.

Barry Leonard se creía insensible y egoísta. Pero a medida que se acercaba a la margen, iba impulsando con furiosos manotazos a la que de vez en cuando sumergíase, pero no fatalmente, porque maldiciendo entre dientes, Barry Leonard la empujaba hacia arriba con brutalidad.

Agotado, con agujetas en los hombros y piernas, Barry Leonard emergió entre dos barcas. A sus pies chorreaba también la mujer, sin sentido.

Los silbatos iban recorriendo el puente. Se agachó Barry Leonard y cogió por las axilas a la mujer, para colocársela encima del hombro derecho.

Abrazó sus muslos con la derecha y empezó a correr hacia la densa reunión de barcas alineadas en semiarco, todo a lo largo de la playa-embarcadero de Derkos.

Tal vez aquella mujer no era una suicida, sino una perseguida, como él, pensaba mientras, la colocaba en el fondo de una barcaza plana cuya vela cuadrada estaba enrizada alrededor del único palo.

Era fácil empujar la barcaza sobre los maderos, travesaños en pendiente, izar la vela e intentar atravesar el estrecho.

Pero apenas lo hiciera, un alud de lanchas motoras se abalanzaría tras su estela. Entró en la barca, y se cubrió con la misma lona que le ocultó, tendido junto a la desconocida.

Cuando amaneciera, si no había novedad, ya pensaría. Ahora la salvación estaba, en permanecer allí, en el fondo de la barca, vigilante.

Oyó pases, voces, carreras, motores de lanchas y coches. La noche iba transcurriendo. Una noche larga, interminable, y la mujer, adherido el traje sastre gris y la camisa granate a su cuerpo, seguía inmóvil.

Pero su corazón latía. Y lo extraño era que bajo la palma de Barry Leonard la turgencia prieta latía aceleradamente, a un ritmo impropio de la desvanecida que acaba de ingurgitar mucha agua.

La noche iba transcurriendo, y tensos los músculos, Barry Leonard prestaba atención a todos los ruidos, porque cualquiera de ellos podía significar el inicio de la lucha final.

CAPÍTULO II

SOL RADIANTE

Barry Leonard rió agriamente, porque estaba entumecido, porque las ropas se le habían pegado al cuerpo, porque tenía escalofríos y porque se había dormido.

La tela de lona era tupida, y, no obstante, bajo ella veía claramente, porque el sol lo iluminaba todo. Se ladeó y de pronto empuñó la pistola con fuerza, porque tenía a su lado un cuerpo.

Reconoció la mujer, que seguía inmóvil. Volvió a auscultar el corazón, y de nuevo le extrañó el ritmo acelerado que palpitaba bajo su mano.

Alzó los párpados femeninos. Unos ojos prodigiosamente azules, dilatados, como en espasmo loco, vivos, pero sin ver.

—¡Drogas! —murmuró Leonard, comprendiéndolo todo.

Aquella mujer se había lanzado al agua, bajo la influencia de una droga: cocaína posiblemente. Y la impresión del agua helada la había sacudido, dándole una modorra de letargo prolongado.

Dejó de mirarla y pensar en ella. Alzó un lado de lona, y apoyada la mandíbula en la madera de la borda miró en rededor.

La arena brillaba, las casuchas parecían remozadas y limpias, el sol mejorándolo todo. Entre las casuchas y las barcas, viejos pescadores remendaban las redes.

El puente soportaba la circulación de camiones, coches y bicicletas. La vida volvía a empezar. Serían las ocho de la mañana, calculó Leonard.

Saltar de la barca, le haría sospechoso. Quedarse en ella, nada solucionaba. Vio un robusto mocetón dirigirse a una barca distante unos diez metros y entrar en ella.

Al otro lado, un pescador sesentón, fuerte y arqueado el torso, sacaba de a bordo de otra lancha una cesta.

Pasaron diez minutos. Sentía sed y hambre. Hubiera dado cualquier cosa por un jarro de espumosa cerveza.

Volvió a dejar caer la lona, porque la mujer desconocida se estremecía, murmurando palabras incoherentes, en un extraño idioma, que Barry Leonard, filólogo, trató de traducir, sin lograrlo. Le parecía danés o sueco. Un idioma nórdico.

Se fijó ahora detenidamente en su aspecto. Era innegable que poseía una belleza inmensamente avasalladora. Una finura de rasgos que a la vez palpitaba en sensualidad. Grandes ojos, sedoso cabello, boca plena de vitalidad, blanquísimos dientes, y un cuerpo maravillosamente constituido.

Y aun como estaba, inmóvil, carente de los atractivos que debía prestar el hablar y poner en valor sus encantos, aquella mujer tenía una fascinación indefinible.

Cesó de rumorear en su idioma, para de pronto llevarse las dos manos a las sienes, y en inglés preguntar con voz ronca:

—¿Dónde estoy?

—Óigame y procure no alborotarse —dijo en voz baja Barry Leonard, tendiéndose a su lado, y acercando su boca al oído—. Ayer noche se lanzó usted al agua, y casualmente yo nadaba debajo, y la llevé hasta tierra. Llevamos escondidos, en esta barca toda la noche, y ya es de día. Usted no se ha movido hasta ahora. No conviene llamar la atención porque al parecer hay muchos policías buscando a alguien.

Ella giró lentamente el rostro. Sus pupilas dilatadas miraron detenidamente al inglés.

—¿Por qué me sacó del agua?

—Esperaba la pregunta. Yo no me lancé a salvarla. Ya le he dicho que estaba yo nadando.

—¿De noche y en invierno?

—Habla usted perfectamente el inglés.

—Soy hija de madre inglesa y padre sueco. Me llamo Olga Nissen.

Ella esperó como si la mención de su nombre provocara sorpresa en su salvador. Pero Barry Leonard sólo llevaba tres días en Ankara.

La sonrisa de Barry Leonard fue un compendio de sarcasmo al decir:

—Tanto gusto, señorita. Lamento que nos conozcamos en estas circunstancias algo extraordinarias, pero la fuerza del destino así nos lo ha impuesto. La arena cruje y avisa. Por ahora, nadie se acerca a esta barca. Yo no sé si usted deseará abandonar esta incómoda posición, y sin ser muy curioso, me gustaría saber si la arrojaron al agua, si la perseguían, o si bajo la influencia de alguna droga se sintió usted repentinamente desesperada y harta de vivir.

—Daría no sé qué por un cigarrillo.

—Y yo por un jarro de cerveza. Pero creo que ambos sabemos dominar nuestros caprichos y enfrentarnos con lo peor. Lo urgente es procurar salir de aquí.

—¿Por qué se oculta usted? ¿De quién huye?

—Un error judicial. Me confundieron con un espía y creyeron que tenía relación o buscaba tenerla con un guerrillero yugoeslavo, famosísimo en todos los Balkanes.

—¿Vlado? ¿Vlado Davidovitch? —dijo ella ansiosamente.

—Este nombre me citó un tal Ferenc Karpo.

Ella tembló, para, después reír nerviosamente, pero sus ojos estaban inmensamente dilatados.

—Anoche me arrojé al agua porque estaba en el puente con mi coche esperando. Y a cada extremo del puente aparecieron de pronto agentes de Ferenc Karpo.

—¡Vaya! Entonces en el agua nos reunimos dos compañeros de infortunio, perseguidos por Karpo. Pero, dígame, si era para escapar, ¿cómo estaba usted repleta de cocaína, y cómo no movía un solo brazo?

—Sería largo de contar.

No pudo ella evitar que sus ojos demostraran una súbita desconfianza, que Barry Leonard supo comprender.

—Muchas coincidencias, ¿no le parece, señorita Nissen?

—¿A qué se refiere?

—Su baño nocturno, el mío, amanecer los dos aquí. Piensa usted que soy un agente del diabólico y astutísimo Ferenc Karpo, que se piensa todos los trucos.

Ella, en silencio, volvió a cerrar los ojos. Crujía la arena y unos pasos lentos, aplomados, se acercaban.

Barry Leonard estaba tendido boca abajo. Levantó el cañón, de la pistola, apoyando en el fondo, la culata.

Ambos divisaron desde debajo de la lona unos pies desnudos, anchos, callosos, y unas piernas peludas, robustas que, pasando por encima de la borda, empezaban a caminar hacia el rincón opuesto a popa.

Permanecieron allá unos instantes, y después los pies fueron agrandándose al acercarse su dueño.

La mayoría de los pescadores del barrio de Derkos eran armenios. Y Barry Leonard no sabía una sola palabra ni de turco ni de armenio.

Los pies se detuvieron y una ahogada interjección brotó de la garganta del pescador que, inclinado, acababa de levantar la lona.

Se vio frente a la pistola encañonada hacia él. Miró con ojos de pasmo a los dos intrusos. Barry Leonard agitó significativamente la pistola, diciendo rápidamente:

—¡Si sabe usted una palabra de armenio o turco, dígame a este mozo que se siente a conversar con nosotros!

Ella habló en un lenguaje dulzón, cantarino. El rostro curtido del pescador se iluminó, mientras sentábase y pasaba una mano por su frente sudorosa.

—Dígame que si me lleva al otro lado del estrecho le podré pagar una prudente cantidad. Tengo amigos al otro lado del estrecho, comerciantes británicos.

Ella tradujo, pero Barry Leonard oyó claramente los nombres Ferenc Karpo y Vlado Davidovitch. El pescador asintió con graves cabezadas.

—Dice usted más de lo que yo digo, señorita Nissen.

—Le he indicado que ambos huimos de Karpo, y que usted desea reunirse con Vlado Davidovitch.

—Esto es la acusación que me hizo escapar. ¿Qué dice el mozo?

El pescador empezó a hablar con volubilidad y con ademanes. Cuando dejó de hablar, tradujo Olga Nissen:

—Anoche había dispuesta una gran redada, para coger a Vlado Davidovitch. Consiguió escapar y le persiguieron hasta la frontera griega. Que a estas horas estará ya camino de Yugoslavia. Esto es lo que me ha dicho este buen hombre, que, como muchos de los turcos, opinan que Vlado es un valiente. Le admiran, y detestan a Ferenc Karpo.

—Es una suerte que sea un admirador de Davidovitch. Dígale si despertará sospechas si ahora se hace a la mar.

El pescador, después de escuchar a Olga Nissen, miró a Leonard, y señaló hacia el cielo, hablando:

—Dice que a esta hora no se hacen a la mar, pero que a media tarde podría salir.

—¿Y quién me garantiza que no nos delatará? Dígale que estoy muy asustado, y que si él sale de la barca, soy capaz de dispararle. En fin, vea cómo se las compone, pero, si quiere evitar el caer en manos de los agentes de Karpo, no debe usted correr el riesgo de que este buen hombre se vaya de la lengua ahora hablando con los otros pescadores.

Ella tradujo poco después la respuesta del pescador:

—Comprende lo que nos sucede, y no se moverá de aquí, ya que la barca tiene muchas cosas que reparar. Que enviará a buscar cerveza y cigarrillos, y comida. Llamará al niño que se encarga de traerle cosas de las tiendas. Que él es el primero interesado en que nadie sepa que estamos aquí, porque esto acarrearía desgracias a los pescadores, ya que Ferenc Karpo tiene amigos influyentes en la policía turca, y ya otra vez que alguien dio refugio a un cómplice de Vlado Davidovitch, los agentes de servicio de Ferenc Karpo mataron a cuantos vivían en la casa donde se refugió el amigo de Davidovitch.

—Magnífica intérprete, señorita Nissen.

—Creo que influye también su pistola. El pescador no las tiene todas consigo. ¿Puedo prometerle dinero inglés?

—Cien libras si me deja donde le diré.

—Mucho dinero. Con veinte libras sobra. Es ya una fortuna para un hombre así, y ofrecer cien libras, le daría miedo. Supondría que usted es un gran personaje. ¿De acuerdo?

—Magnífico, señorita Nissen. Me gusta su serenidad. Parece como si en toda su vida no hubiera hecho usted otra cosa.

Mientras ella hablaba con el pescador, Barry Leonard pensaba que algo no estaba claro en la actitud de Olga Nissen la noche anterior. Pudo ser verdad que no pensara suicidarse, y que debido a estar drogada, la inmersión en el agua fría le produjera un desmayo.

¿Qué hacía en el puente? Pero eran asuntos ajenos al suyo. Había venido a Ankara para ponerse en contacto con Davidovitch, y ya que éste había regresado a Yugoslavia, su campo de actuación principal, ahora tendría que ponerse en contacto con su superior.

No pudo entender lo que Olga Nissen estaba diciendo al pescador:

—... Es un espía inglés que se fugó anoche de la cárcel. Te dará veinte libras si lo dejas donde te indiqué.

El pescador asintió, para después, enderezándose, llamar a alguien. Estuvo hablando con un muchacho que se reclinaba en la borda. El chico se alejó.

—Pronto tendremos cerveza, cigarrillos y comida, señor...

Leonard; Barry Leonard, viajante de comercio. Tal vez a usted no le interese; el viaje al otro lado del estrecho.

—Tanto como a usted, Leonard.

—Entonces seguimos siendo compañeros de aventura, Nissen.

Ella rió, desmerezándose con voluptuosa complacencia.

—Ya me pasó el dolor de cabeza, Leonard. ¿Le interesa mucho entrar en relación con Vlado Davidovitch?

—¿Y a usted, Nissen?

—Mucho. Por esto anoche los esbirros de Karpo me acorralaron.

—Una hermosa mujer como usted no debería meterse en este avispero dinamitado que son las guerrillas balcánicas.

—Un viajante de comercio como usted, ¿qué piensa venderle a Vlado Davidovitch?

—Un seguro de vida. Con su permiso, dormiré un poco. Las conversaciones falsas no me interesan.

—Es usted un hombre fuerte, de esos que desdeñan a la mujer, ¿no?

—Por ahora soy un hombre sediento de esos que sólo piensan en beber cerveza, y desean salvar la piel.

—¿Desconfía de mí?

—Creo que ambos no nos vemos muy claramente.

—Yo tengo que agradecerle el haberme salvado de perecer ahogada.

—¿No sabe usted nadar?

—Sí.

—¿Entonces?

—No supe que la inyección que me dieron era de cocaína. En fin, es largo de contar.

—No me lo cuente. Hace tiempo que no leo productos imaginativos. Le convendría dormir un poco, o al menos, hacer como yo, cerrando los ojos dejar descansar el cerebro, y callar.

—Muy bien.

Media hora después bebía Leonard ávidamente la áspera cerveza turca, mientras ella, cuando el pescador sentado hubo encendido su pipa, fumó con ansiedad un cigarrillo del país.

El pescador comía, y tendió un periódico a Olga Nissen, y saciados ambos, ella, fue leyendo todo lo referente a la fuga de Vlado Davidovitch. La policía turca expresaba su sospecha, de que el célebre guerrillero había venido a ponerse en contacto con dos agentes extranjeros, pero no pudo lograr su propósito.

No se mencionaba para nada a Ferenc Karpo, ni a Barry Leonard. Ella leyó sonriente:

«Trágico fin de la bella del Bósforo».

Se tocó el pecho con el índice, diciendo:

—Para el mejor entendimiento de lo que sigue, es necesario que le aclare que yo actuaba como artista, en el mejor teatro de variedades de Ankara. Un periodista simpático tuvo a bien apodarme la «Bella del Bósforo».

Tradujo el artículo:

«Anoche, alrededor de las diez, por el puente de Grastko se arrojó al mar Olga Nissen, la bellísima artista sueca. Fueron inútiles los esfuerzos de la brigada de salvamento. Se supone que Olga Nissen en un momento de desesperación causada por su reconocida afición a las drogas estupefacientes, decidió poner fin a su vida. Su coche quedó abandonado en el puente, y se encontró en el asiento, los rotos restos de un inyectable conteniendo cocaína».

Ella dobló el periódico, y dijo:

—Me interesa que me crean muerta. Empezaba a serme difícil la existencia en Ankara. Ahora ya, sabe usted que soy una aventurera.

—Dígale al pescador que nos lleve ya al otro lado.

—No parece haberle impresionado el saber que soy la «Bella del Bósforo».

—Más tarde me impresionaré. Ahora lo único en que pienso es en salir de esta tierra.

Habló ella con el pescador. Poco después la lancha se deslizaba sobre los travesaños, liberadas las cuñas desde a bordo por un ingenioso sistema de palancas.

El sol refulgió radiante en la tensa vela. Y la barca surcó velozmente la plácida mar del estrecho.

Olga Nissen se había reclinado contra la borda, sentándose. Dijo:

—Es usted un hombre raro, Leonard.

—¿Por qué?

—No le he visto siquiera una vez mirarme como lo que soy: una mujer necesitada de protección masculina. Me mira como si fuera un madero más de esta embarcación.

Él limitóse a sonreír. Acodado sobre el banquillo, miraba bajo el sol radiante hacerse cada vez mayores los primeros edificios de la costa de Armenia.

El pescador preguntó algo que Olga Nissen tradujo:

—Dice que le señale el punto en que desea desembarcar, a ser posible lejos del puerto.

—Allá, al sudeste, precisamente en la playa de aquella colina rematada por un

templete monasterio.

Impelida por fuerte viento, la barcaza surcó velozmente hacia el punto señalado. Arrió vela y manejó el remo ayudado por Leonard, cuando penetraron en el anfiteatro de la bahía flanqueada por los costados con abundante vegetación.

—Dígale que espere aquí una media hora. Enviaré a alguien con las veinte libras.

Antes de saltar a tierra, Leonard tendió la diestra al pescador, que sonrió ingenuamente. Empezaba a pisar la arena, cuando vio que a su lado echaba a andar Olga Nissen.

—Estoy sola, y necesito alguien como usted, frío, fuerte, decidido, que me ayude a escapar.

—No puedo. No lo tome a falta de hombría, pero tengo que ir solo.

—Muy misterioso quiere hacerse, señor Leonard.

—Las circunstancias me obligan a ello.

—¿Y si le siguiera?

—Usted es la «Bella del Bósforo», y no se expondrá a que la huya como una hermosa peste. Nos volveremos a ver algún día, señorita Nissen. Ahora estamos aquí y cada cual dispone de medios para buscar su propio escape.

Los transparentes ojos de ella destellaron por un instante cierto fulgor de amor propio herido.

Media hora después, Olga Nissen, que seguía en la playa, vio acercarse un mulero que se encaminaba hacia la barcaza.

Entregó veinte libras al pescador, que izó vela zarpando. El mulero, empujando su animal de carga, se vio interpelado por Olga Nissen.

—¿Dónde está el caballero inglés?

El mulero se encogió de hombros y siguió caminando. Ella repitió su pregunta por dos veces en turco y armenio. El mulero abrió la boca y ella apartó la vista horrorizada.

En la boca se veía un resto de lengua mutilada. Olga Nissen sabía dónde hallar ayuda, y medios de salir de Turquía.

Barry Leonard le había salvado la vida, y no obstante ella, al pensar en el cortante y flemático inglés, sentía ascender íntimamente una oleada de humillación y rencor.

CAPÍTULO III

UN NUEVO CAMINO

En una choza mísera, donde se amontonaban residuos y cochambre, edificada con troncas sin desbatar, y situada en la ladera de la colina en cuya cumbre había un monasterio, un vagabundo armenio con la clásica ropa típica, removía unas cenizas sobre las que calentaba en un bote de conservas un líquido de hierbas.

Miró primero con indiferencia y después con agrado al que se acercaba, y que fue a sentarse al interior de la choza.

—Celebro verle, Leonard. Empezábamos a preocuparnos por usted al saber que le habían apresado. Supimos que se escapó, pero le dimos por ahogado.

—También yo celebro verle. Sabrán ya allá que no pude comunicar me con Davidovitch. Un poco más, y lo pescan a él también.

—Es difícil. Es un hombre a su estilo, Leonard. Escurridizo y agresivo.

—¿Sigue usted como siempre?

—Sí. Bajo al atardecer a la ciudad, y regreso al amanecer aquí. ¿Quiere leer los periódicos de Ankara? Ya sabe que yo soy vendedor de papeles viejos, pero leo los periódicos.

Y el agente «37» del «Intelligence Service» en Turquía, que en Londres era un aseado y elegante sujeto, mostró ahora por entre sus barbas sucias unos dientes muy necesitados de pasta dentífrica.

—¿Tiene un periódico con un título donde hay tres «A»? De Ankara.

—Éste. El «Flagasta». ¿Le interesa, algo en especial?

—Usted sabe que tengo a orgullo hablar el serbio-croata y el esloveno como mi lengua materna. Pero de turco y armenio, sus dos idiomas adoptivos, no sé una palabra. ¿Quiere leerme un artículo que hay en la segunda plana, al final de la cuarta columna? Es referente a una dama apodada la Bella del Bósforo.

El agente desdobló el periódico y empezó a leer:

«TRAGICO FIN DE LA BELLA DEL BÓSFORO».

«Anoche, alrededor de las diez, por el puente de Grastko, se arrojó al mar Olga Nissen, la bellísima artista sueca, que últimamente era vista en constante compañía con el prestigioso Ferenc Karpo, el cabecilla de la represión antiterrorista yugoeslava. Fueron inútiles los esfuerzos de la brigada de

salvamento. Se supone que Olga Nissen fue atacada por agentes del terrorista Vlado Davidovitch, que emplearon con ella su habitual procedimiento. Una fuerte inyección de cocaína, lanzándola después al agua. Su coche quedó abandonado en el puente, y se encontró en el asiento los rotos restos de un inyectable conteniendo esa droga».

El agente «37» rió porque la poco prodigada risa de Barry Leonard era comunicativa, cordial.

—Ahora comprendo lo que significa esta expresión muy empleada por los críticos cuando acusan a los traductores de traidores.

—Le he leído el artículo palabra por palabra, Leonard.

—No me refiero a usted. Me refiero a que en la barca donde vine, una amable dama me tradujo este mismo artículo, solo... que omitió cuanto se refería a Ferenc Karpo, Davidovitch y el ataque de los agentes de Davidovitch. Comprendo por qué tenía interés en probar el disco de la mujercita abandonada y desamparada. Hice bien en ser grosero... porque no acababa de ver claro su accidente. ¿Usted conoce a Olga Nissen?

—Es la Bella del Bósforo... Bien, quise decir que era la Bella del Bósforo.

—Sigue siéndolo.

Y Barry Leonard explicó su salvamento. El agente «37» rió irónicamente, replicando:

—«Allá» hubiesen tal vez preferido que la dejara usted ahogarse. Olga Nissen es la amante de Ferenc Karpo.

—Gracioso. Bien, ya la volveré a ver. Ahora, dígame, ¿qué nuevas instrucciones tiene para mí?

—«Allá» han comunicado con todos los compañeros de la costa, ordenando que, al aparecer usted, se le indicara su nuevo camino. Más que nunca urge entre en contacto con Vlado Davidovitch.

—Éste es mi deseo. Ya tengo curiosidad por conocer a este superhombre.

—Lo es. Es el único que escapa a todas las emboscadas, y es un ídolo para los yugoeslavos resistentes. Un coche le llevará a un aeródromo libanes, y allí tendrá nuevas instrucciones.

—Cuánto antes llegue, mejor. Buena suerte, compañero.

—Más la necesitará usted.

En el aeródromo libanes fue conducido Barry Leonard a un despacho del Estado Mayor inglés. Tras algunas frases de bienvenida y comentarios, el oficial de Estado Mayor extrajo de una carpeta un plano y unas instrucciones escritas.

—Ésta, noche salen seis escuadrillas en misión de bombardeo sobre un centro industrial yugoeslavo. Le dejarán caer en paracaídas en este punto.

El oficial señaló en el plano la intersección del paralelo 46 con el meridiano 16. Era un plano de Estado Mayor de la región croata.

—Conozco este terreno —dijo Barry Leonard—. Hace cuatro años recorrí toda la región representando una casa de fertilizantes. Es la zona montañosa de Varazdin por donde atraviesa el ferrocarril de Zagreb. Salvaje comarca.

—En ella está el núcleo principal de los guerrilleros de Davidovitch. Y por allá sólo hay dos uniformes: el alemán y el croata. Los guerrilleros no usan uniforme. Ésta es la principal dificultad. Para transitar por allá necesitará un uniforme alemán o croata. Si lo cogen con él, le fusilan. Si lo atrapan, los guerrilleros, apresúrese a gritar la contraseña convenida con Davidovitch: «Muerto o libre». Hay mucha vigilancia entre los pueblos de Toplice y Klanjec, que es por donde hallará el modo de entrar en contacto con Davidovitch. Lo demás ya, lo sabe, señor Leonard. ¿Qué uniforme desea llevar en el aterrizaje?

—Un pantalón de montar, unas buenas botas, una camisa de franela y una cazadora. Un cuchillo de monte y una pistola ametralladora. Para tomar tierra no quiero mejor uniforme. Después..., según vea, elegiré el uniforme más conveniente. Dependerá de quien se me ponga primero a tiro: un croata o un alemán. Y ahora, denme una cama, blanda, con sábanas frescas, porque me parece que tardaré en dormir en cama.

Era ya de noche, cuando vinieron a despertar a Barry Leonard. Pasó a un comedor, después de vestir la ropa pedida, y le condujeron a una mesa donde se reunían ocho hombres enfundados en «monos» de vuelo.

—La tripulación del bombardero que le llevará a su lugar, señor Leonard —presentó el oficial de Estado Mayor—. Señores, éste es el mejor agente secreto de Inglaterra.

Los ocho aviadores se levantaron copa en mano. Y uno de ellos entonó la marcial canción *Is a jolly fellow* (*Es un alegre compañero*), con la que el ejército británico acoge a sus héroes.

Con íntima emoción, mientras correspondía al brindis, pensó Barry Leonard que, pese a todo, Inglaterra, sería siempre poderosa, cuando en cualquier rincón del mundo, como en aquel aeródromo camuflado en las colinas y prados de Siria, existían seres como aquellos aviadores que jovialmente se jugaban de continuo la vida, tomándolo como un deporte más en pro de la defensa de la justicia universal.

Una hora después, en fila india, los ocho tripulantes caminaban por un sendero hasta llegar a un prado, donde Barry Leonard sólo veía en la penumbra árboles y chozas.

Desaparecieron como si fueran objetos de juguete manejados por gnomos enigmáticos, y quedó el terreno liso, surgiendo de un lado la maciza silueta gigantesca de un bombardero.

Y en todos los prados efectuábase similar operación, hasta que pronto todo el suelo no fue sino una aglomeración de bombarderos, roncando los motores, prestos

para la marcha.

Sentóse Leonard donde le señaló el artillero. Llevaba como mochila, el paracaídas.

Fueron deslizándose los metálicos pájaros, y, poco después, la flota volaba con mi rumor encrespado, como una muralla de granito dispuesta a arrollarlo todo.

Según le había informado el capitán-piloto, se separarían del resto de la escuadrilla, para volar hacia el Varazdin.

Irían solos... Cualquiera choque tendrían que resolverlo sin ayuda, defendidos por los ametralladores y el blindaje de la fortaleza volante.

Cuando llevaban volando exactamente dos horas y doce minutos, tuvo Barry Leonard como un presentimiento, que siempre le acometía en los momentos en que algo le advertía un peligro cercano.

Miró a través de la mira hacia arriba. La luna, ancha y serena; brillaba en la noche; como una placa de aluminio.

La caza alemana no aparecía por ninguna parte, como asustada de la avalancha hambrienta que se lanzaba sobre los territorios sojuzgados por el Tercer Reich.

De pronto, a unos cinco mil metros delante, una formidable ola de explosiones dominó el ronroneo de las fortalezas volantes.

Leonard no pudo evitar que la boca, se le entreabiera de ansiedad, mientras la garganta se le cerraba asfixiándole.

Nunca le había gustado volar. Prefería, tocar tierra, y ahora sintió que sus músculos se contraían, impotentes, porque era como un minúsculo insecto aprisionado en aquella jaula vibrante.

Admiró la tranquila y metódica facilidad con que cada tripulante estaba en su sitio, esperando.

Ven la barrera de la D. C. A. germana, que iba abriéndose en abanicos para oponerse al ataque. Era un vomitar dantesco, un chorro múltiple de fuego y hierro.

Y los aviones tenían que cruzar aquella barrera de metralla.

Una sacudida le hizo saber que volaban ya en el seno de aquel infierno. Las oleadas de estampidos eran continuas, incesantes.

De pronto sintió Barry Leonard que el estómago se le bajaba a los pies y que el bombardero parecía remontarse.

El radiotelegrafista que estaba a su lado, rió y gritó:

—¡Es el «sembrador», que suelta las bombas!

El bombardero parecía un papel de fumar encima de un cráter y agitado por un ciclón. Los cañonazos rompían con feroz estruendo.

De tiempo en cuando, una fortaleza humillaba el morro, precipitándose hacia abajo con angustioso aullido echando humo y llamas.

Pasaron minutos, y un cuarto de hora después, Barry Leonard no habría sabido decir cuánto tiempo duró aquel infernal concierto.

—Hemos tenido suerte —dijo el radiotelegrafista.

—Ésta es una barrera, nueva que hoy se ha estrenado. Por eso nos cogieran de lleno. Estos *Fritz* tienen una estupenda organización. Ayer mismo, a ésta, hora, no había D. C. A. en este terreno.

Barry Leonard acercó su cabeza a la ventanilla y miró hacia abajo. Estaba todo negro, oscuro.

—¿Yugoeslavia ya? —preguntó.

El radiotelegrafista miró su reloj.

—Sí. Hace rato. Estamos ahora encima de Pozega, a ochenta kilómetros del Varazdin. Dentro de unos minutos podrá usted lanzarse.

Barry Leonard se apretó las anillas alrededor de los sobacos. Y súbitamente una sacudida espantosa pareció arrancar de cuajo el bombardero.

Barry Leonard se aplastó hacia delante como si acabara de recibir un martillazo. Consiguió enderezarse. Se apartó algo de la frente..., pelos, unos pelos pegajosos..., sangre.

Y vio al piloto más cercano empotrado, muerto, contra el tablero de esferas indicadoras.

Otra explosión rabiosa hizo sacudir a la fortaleza como una fiera herida de muerte. La cabina se llenó de llamas y encontróse luchando como un loco contra el fuego y el desequilibrio del suelo del aparato.

Intentó ir hacia la cola, pero se resbalaba sin conseguirlo en aquel proyectil que se desplomaba, hacia la tierra, en donde los cañones antiaéreos hacían blanco repetidamente.

El avión se despeñaba con gemido escalofriante, verticalmente. La dotación, yacía confusamente mezclada con sangre.

Un nuevo estallido arrancó la cola, y un gran círculo dejaba ver la luz de la luna. Leonard hizo un esfuerzo de poseído, como si tuviera ventosas en los dedos, hasta llegar a la abertura. Se dejó arrastrar por el vacío y cayó como si una gran succión le atrayese.

Con el cerebro nublado tiró de la anilla, y la caída sufrió un violento frenazo. Un movimiento pendular le hizo saber que había salvado la vida... de momento.

Mientras descendía en la negrura abierta, sobre la cabeza la gran seta blanca del paracaídas, recordó la exactitud de la máxima que obligan a repetirse a los agentes del «Intelligence»:

«Tengo a mi izquierda y a mi derecha terribles enemigos, y delante y detrás feroces asesinos. Y un riesgo inminente por todas partes me amenaza. Tú, agente inglés, deslízate entre ellos, y acércate a tu meta implacablemente, sordamente, sin hacer ruido».

El ladrido de un perro hirió débilmente sus oídos. Enseguida, alcanzaría el suelo

firme. Un suelo poblado de croatas y alemanes aliados. No apartaba la vista del fondo, cuya negrura parecía ir adquiriendo extraños relieves.

Ágilmente, rodó con violenta, voltereta. Desprendió a cortes de su cuchillo la maraña de seda, y cuerdas que le aprisionaba, mientras era arrastrado por el suelo.

Observó el paraje: campo liso, apartado, con algunos árboles. A la luz de la luna no se veía más que una carretera cercana y los lejanos fogonazos de la D. C. A.

Vio colgar en el espacio, como un plomo, una silueta colgante de un paracaídas. Era el radiotelegrafista.

Corrió hacia el lugar donde aterrizaría, y logró cortar casi en el aire las correas. En el suelo se desplomo, inerte, el radiotelegrafista, que se llamaba Percival Scott.

Sus ojos estaban entreabiertos, con mirada fija, de asombro.

Barry Leonard sintió un escalofrío que paralizó su sangre y le oprimió el cuello. Detrás de él acababa de oír una exclamación gutural en alemán... No se atrevió a moverse, y la voz en alemán repitió:

—¡Alto! ¿Quién vive?

CAPÍTULO IV

PARADA Y FONDA

Barry Leonard volvió el rostro. A cuarenta metros detrás de ellos, un soldado *nazi* les apuntaba con un fusil ametrallador.

Tras él ronroneaba el motor de una moto que esperaba reanudar la marcha, mientras su faro, guiñando, iluminaba la escena.

—Pájaros heridos, ¿no? —dijo el alemán, secamente, con resolución, mientras se acercaba.

—Mi compañero está gravemente herido —replicó Leonard.

—Si no quieres estarlo tú también, quietas las manos, y apártate para que vea a tu compañero. ¡Arriba, en pie!

Barry Leonard obedeció. Y, de pronto, el alemán de patrulla bajó el cañón hacia, el suelo, pero una fracción de segundo tarde.

El radiotelegrafista disparaba como un energúmeno contra el *nazi*, que fue doblándose hacia delante, hasta quedar apoyado, sostenido en pie por su propio fusil hincado en el suelo.

—¡Escapa, Leonard!... —gritó Percival Scott—. ¡Van a venir los otros!

—De acuerdo, talento... —rió, contento, Leonard, mientras asía, por los sobacos a Scott, y empezaba a llevarlo a rastras hacia la moto—. Este muchacho ha sido amable. Nos ha traído una moto.

—Déjame..., Leonard... Estoy tocado en el ala...

—Tocado del ala estaría yo si te dejase aquí, Percy. ¡Ánimo, valiente!

Le izó en el sillín posterior de la moto, diciendo:

—Apoya los pies en el suelo, Percy, y aguanta firme, mientras monto. Después piensas en Mabel, o en Mary, o en Lana Turner, y te agarras con fuerza a mi cintura. ¡Anda, aprieta ya y levanta los pies, Percy!

El radiotelegrafista se abrazó a la cintura de Leonard, que soltó el embrague, partiendo como una flecha. Oyó kilómetros atrás el petardeo de otras motos patrulla.

—Todos murieron..., menos tú y yo, Barry... Murieron...

Conduciendo con una mano, Leonard desabrochó las dos tiras de la bocamanga del «mono» del herido, y volvió a abrocharlas solo que al revés. Así, las muñecas juntas ante su estómago, no se soltarían si Percival Scott perdía el sentido.



...vomitó fuego su diestra...

La carretera iba ascendiendo, en continuas curvas, en virajes pronunciados. Siguió dando la máxima marcha, hasta que el motor empezó a quejarse asmáticamente, porque la rampa era ya muy pendiente.

—¡Agárrate bien, Percy! Piensa en Lana Turner.

—Me... gusta más... Patricia Roe... —dijo Percival Scott, y su cabeza cayó de golpe contra el hombro de Leonard, desmayándose.

Desvió Leonard el manillar, y la moto penetró por entre matorrales, hasta que unas raíces aprisionaron la rueda delantera, parándola. El motor cesó de funcionar, y un intenso silencio rodeó al que, desmontando, cogió entre los brazos a Percival Scott.

Miró en rededor. Matorrales, peñascos, negrura, soledad... No se oían ya las otras motos. Todo era quietud en aquel rincón yugoeslavo.

Empezó a andar llevando en brazos al herido. Había cogido la bolsa que a un lado del sillín contenía el botiquín de urgencia de los motoristas del Tercer Reich, cuyo servicio comprendía no sólo la captura de los derribados, sino el auxilio a los pilotos propios.

Fue andando, alejándose lo más posible de las curvas de la carretera. Llegó a un

claro, donde tendió sobre la hierba al desvanecido.

Hizo correr la cremallera y despojó a Percival Scott de su «mono» impermeable. Buscó las heridas. Metralla en el pecho y en un muslo. Sangre en los oídos... La onda explosiva.

Esgrimió la lanceta con decisión, hurgando hasta que las heridas quedaron limpias de metralla, y drenó con venda empapada en yodo. Cuando terminó la curación, se dio cuenta que los ojos grandemente abiertos de Percival Scott le contemplaban, mientras sus labios estaban sangrientos de resultas de los mordiscos que el propio Scott se había dado para, no chillar durante la cruenta operación.

—Bueno, no es nada, Percy. Te atontó la onda explosiva.

—Eres un buen veterinario, Barry. Y ahora, ¿qué?

—Pues ya lo ves... Parada y fonda, como se hace en los viajes largos.

—Debemos estar en el Varazdin.

—Sí. Creo que sí. Pero hasta que no salga, el sol no podré orientarme. ¡Vaya par de nohcecitas seguidas que me estoy tragando! ¿Te sientes bien, Percy?

—Como nuevo. La hierba es blanda, y hace un delicioso frescor.

Leonard enfundó nuevamente al herido en su «mono» y dejó de temblar Scott.

—Lo siento, pero... también eran hijos de madre los míos..., que se asaron allá arriba —dijo Percival Scott—. Tuve que matarlo, y no parecía un mal chico el alemán.

—No pienses en ello, Percy. Piensa mejor en el desayuno que mañana, a la que salga el sol, nos vamos a soplar.

—De acuerdo. Marca el número, y cuando se ponga al teléfono el mayordomo dile que quiero la carne poco asada y el vino fresco.

—Esto por la noche, Percy. Verás..., estuve por aquí, como expliqué, antes de levantar el vuelo..., y abundan, las vacas... ¿No has desayunado nunca echándote bajo una ubre? Sale espumosa.

—Preferiría un par de huevos fritos con jamón.

—Miraremos a ver. Hay muchas granjas. Ahora, sería mejor tumbarnos y dormir un poco. No hay nada que no se resuelva después de una buena noche tranquila y reposada.

—Tienes nervios de acero.

—Marca Leonard. Duerme sin temor, que tengo el oído delicadísimo, aunque no entiendo una palabra de buena música.

Cerró los ojos el herido, y ambos fingieron dormir. Pero a ambos les torturaba el mismo pensamiento. Matar, matar siempre... Éste era el ambiente en Europa. Y, por fin, susurró Leonard:

—Pero cuando terminemos con este lío, Percy, nuestros hijos ya no irán a la guerra.

—Esto me dijo mi padre cuando me regaló un caballito de madera. Buenas noches, Barry.

Y, de pronto, un ronco gemido brotó de la garganta de Percival Scott. Estaba pensando en sus compañeros de vuelo. Y en el alemán. Todos eran jóvenes, y apreciaban las cosas agradables: mujeres, canciones, vino, deportes...

Barry Leonard se preciaba de duro, y, no obstante, avanzó la mano y dio unas palmadas sobre el hombro del muchacho de veintidós años, que, con el rostro pegado a la hierba, lloraba.

—Es vergonzoso, Barry, pero, no lo he podido evitar. Será porque no estoy aún en mis cabales.

¡Seguro! A mí también me pasa esto.

—Gracias, Barry. ¿Te gusta Lana Turner?

—Horrores. Bueno, apaga la luz y cierra la radio, que tengo sueño. Felices sueños.

La segunda noche, larga; tenebrosa, rodeada de peligro en acecho constante. Y ¿cuántas quedarían aun antes de encontrarse con Vlado Davidovitch? ¿Y después?

Se durmió pensando inconscientemente en Olga Nissen. Ahora recordaba que tenía los rasgos plenos, sensualmente macizos, de Lana Turner.

Sentóse porque acababa de oír un ruido lejano. ¿Qué tiempo llevaba durmiendo?

El cielo era grisáceo. La noche huía... El ruido era el cacareo neciamente triunfal de un gallo que anunciaba otro día más.

—Hola, Barry. Yo tengo el sueño poco profundo. Tú roncabas como un toro.

—¿Roncan los toros? Quédate aquí, Percy. Voy a inspeccionar los contornos. ¿Te bastará un jarro de leche, pan y mantequilla?

Sonrió Percival Scott replicando:

—Puedo ir contigo. Arrastraré una pata, pero te juro que si hay que correr le sacaré doble jugo a la sana.

—Vamos. De aquel árbol puedes arrancar una rama, y será una muleta transformable en arma. A ser posible, no debemos disparar. Un estacazo si el granjero nos inspira sospechas.

—Dirás si le inspiramos sospechas.

—Equivale. He pensado un modo de entrar en conversación allá en aquella granja. Saludaré así.

Dijo tres palabras raras, y Percival Scott aguardó que tradujera:

—Esto significa: «Muerto o libre», el lema de Davidovitch. Según la cara del granjero, esgrimiremos o no la estaca.

—Es agradable tratar con un aventurero experto como tú, Barry. Me recuerda cuando de niño jugaba a pieles rojas.

—¡Pues practica ahora! —Y, empujando Leonard al aviador contra el suelo, murmuró—: Ahí los tienes, a los modernos pieles rojas.

Desde donde se hallaban entre los peñascos veíase la explanada y al final la granja. Y rodeando la granja, una docena de uniformados agentes de la *Gestapo*.

Avanzaban en forma que hablaba de larga práctica. El primer círculo lo

constituían cuatro hombres fusil ametrallador en ristre ante el pecho. A una distancia de algunos pasos, y en el hueco entre dos, avanzaba otro, pistola en mano.

Por fin, agazapados a Sur y Norte, estaban dos servidores de ametralladora ligera, sobre ruedas, cuya tracción la verificaban los dos coches rápidos de montaña, en los que, por la vereda opuesta a donde habían dormido los dos fugitivos, llegaron antes los diez componentes de la patrulla de la *Gestapo*.

Se les reconocía por la franja negra bordada en el colete. Tres de ellos llevaban el brazal «S. S.» Los restantes llevaban el casco achatado con la plateada insignia de la policía croata.

Los mismos yugoeslavos reconocían que los alemanes de la *Gestapo* eran menos salvajes que los croatas afiliados a ella.

De pronto, un disparo restalló, y uno de los croatas que iba al frente con su fusil ametrallador se irguió como dispuesto a saltar. Se llevó las manos a la cabeza, soltando su fusil.

Nutrida estalló la ráfaga que, todos a una, los sitiadores disparaban contra la ventana del granero, de donde acababan de balear certeramente al croata.

Tranquilo, Barry Leonard, admitió que la disciplina de los germanos era algo substancialmente racial, difícil para otras razas. Porque los tres que acompañaban al croata, y que eran los que daban frente al granero, tomaron posición, arrodillándose, y disparando con precisa regularidad.

Al otro extremo de la granja, dos fusiles, unieron su petardeo al concierto macabro. Uno de los croatas emprendió una carrera en zig-zag, y mordió una especie de piña pequeña.

La balanceó al extremo del brazo y la arrojó contra el granero. La explosión de la bomba de mano hizo desaparecer envuelto en humo, el altillo.

Mientras, una ametralladora surcó en cruz el segundo desván.

Barry Leonard apoyóse con toda su fuerza sobre el hombro de Percival Scott, que iba a ponerse en pie, y le obligó de nuevo a tenderse. En rabioso susurro, dijo el aviador herido:

—No puedo estar aquí mirando. Hay que hacer algo, Barry, Yo no tengo tu sangre fría.

—Yo llevo una misión que cumplir, Percy. Y no te apures. Tampoco yo soy de los que me dejan indiferente los «cacaos», pero intervendremos cuando tengamos que hacerlo.

Entre las cercas que encerraban los pastos, yacían tres cadáveres: dos croatas y un alemán.

Pero ya, cuatro de los sitiadores, habían penetrado en el interior de la vasta estancia central. Las dos ametralladoras, empujadas, por uno de los servidores, iban avanzando. En una de ellas, malherido, el tirador colgaba abrazado del cañón, mientras el otro empujaba el carrito.

Se oyeron gritos, imprecaciones, voces, de mando... y cesó todo estampido.

Brazos en alto, fueron saliendo, empujados por los cuatro de la *Gestapo*, varios campesinos. Seguía, un viejo llevando en brazos a un niño que chillaba empavorecido.

—Ahora, Percy, ha llegado el momento. Ya sabes lo que van a hacer. Los alinearán, y barrerán a fuego limpio. Son siete... Apunta hacia los de las dos ametralladoras. Sólo dispararás, tomando éstos, tres blancos, cuando yo dé la señal. Yo me cuido de los cuatro que van a fusilar a esta gente.

—¿Dónde vas?

—A evitar que los ametralladores me barran.

—¿Qué señal?

—Cuando yo apriete el gatillo, hazlo tú también. Toma, puntería con calma, Percy.

Sobre los codos y las rodillas, Barry Leonard fue alejándose hacia un lado, llevando en la diestra la pistola.

Mientras, a fuerza de culatazos, los sitiadores obligaban a colocarse en línea a los cinco campesinos. El viejo abrazaba el chiquillo obligándole a mantener la cara contra su pecho.

Percival Scott, tendido, crispaba la mano alrededor de la culata de su pistola ametralladora. Gotas de sudor le resbalaban por la nariz.

De pronto, surgió de la casona una, mujer desmelenada, gritando. Otra, joven como ella, corría detrás.

Uno de los croatas se volvió, alzando lentamente su fusil ametrallador. Y entonces Barry Leonard, parapetado tras un tronco, aulló la consigna de Vlado Davidovitch:

—¡«Muerto o libre»!

Vomitó fuego su diestra, y Percival Scott apretó el gatillo. Los disparos con los que, sorprendidos, los sitiadores repelieron la agresión, levantaron motas de tierra, hierba y trozos de corteza delante y alrededor de Barry Leonard.

Los campesinos se arrojaron al sudo, mientras las dos mujeres, petrificadas, quedaron en pie, abrazadas, como estatuas fulminadas por un aluvión de repentinos relámpagos.

Vació Scott su cargador contra los dos restantes que en pie, pero ya tocados de muerte, pretendían en vano alzar sus fusiles.

Barry Leonard apareció, apuntando hacia el suelo, recorriendo los cuerpos muertos. Una quietud siniestra se extendió por las cercas, más opresiva después del tiroteo.

Por fin, el viejo se levantó del suelo, imitándole los demás campesinos. Las dos mujeres avanzaron para abrazarse a dos de los hombres.

Uno de los abrazados, dijo duramente, en croata:

—¡No debiste salir! Estabas, bien escondida.

—Pero te iban a matar.

—Tú me hubieras vengado.

El viejo, llevando en brazos al niño desvanecido, adelantóse hacia Barry Leonard. Dijo, roncamente:

—¡Malditos seáis todos vosotros, los guerrilleros!

—Abuelo... —suplicó uno de los jóvenes. Y se leía temor en su rostro mirando a Barry Leonard.

El viejo señaló con el mentón cubierto por larga barba canosa, los dos extremos de la granja, destrozados por la granada de mano y las ráfagas de ametralladora.

—Eran dos de los tuyos los que allí se escondieron. Y ahora, ¿ahora, qué? Tendremos que huir como perros hambrientos a la montaña, y arrasarán mi granja. Mi granja, que heredé de mis abuelos.

—¡Vamos, abuelo! Huyamos —apremió el mismo joven, cuya mirada decía elocuentemente que temía tanto a los croatas de la *Gestapo* como a los guerrilleros—. Debemos huir. Algún día volveremos.

—¡Recoged el ganado! —ordenó el viejo.

Corrieron todos con las dos mujeres, y, poco después, Percival Scott, sentado en el suelo junto a Barry Leonard, comentaba:

—El agradecimiento no es fruta que crece en esta tierra, por lo visto. Si no llega a ser por ti, ahora estarían todos achicharrados.

—¿Has comprendido lo que me dijo el viejo?

—No. Pero su rostro y sus gritos demostraban que te miraba como si fueras el responsable de la carnicería.

—Dos guerrilleros se refugiaron en la granja, y por esto acudieron los de la patrulla. El viejo no comprende que los croatas se maten entre sí.

Arrastrando dos vacas, tres cabras y un ternero, las dos mujeres con sus maridos fueron los primeros en alejarse. Después, tres hombres, llevando sacos pesados al hombro.

Por fin, el viejo, siempre abrazando al niño, se marchó. Y el último, el mismo joven que había interrumpido al viejo, regresó junto a los dos ingleses.

—El abuelo no está en sus cabales. Buena suerte, hermanos.

Agitó la mano, sonriendo, Barry Leonard. El joven campesino se fue agachando, y recogió dos fusiles ametralladores, dos pistolas y varios correajes con munición.

Al quedar solos, Barry Leonard dijo:

—Bien. Parada y fonda, Percy. Vamos a ver si comemos algo, porque el estómago me grita.

—Antes preferiría meter el armamento dentro y los dos autos. Pueden servirnos, ¿no crees?

—Sí, mi general. Mientras, iré yo a la cocina.

—Admiro tu buen humor.

—Escucha, Percival Scott, y antes de que te equivoques conmigo. Tengo que acudir al humorismo, porque todo esto es tan deprimente, que hace falta reír para no sentirse avergonzado de haber nacido hombre. ¡Anda, a lo tuyo, que yo iré a rapiñar

por la cocina!

Arrastrando una pierna, Percival Scott fue apilando en los dos coches, cuyas ruedas tenían complemento de cadena-tanque, todas las armas y las cajas de bombas, de mano.

Fue llevándolos hasta, el establo, y entonces se dirigió a la cocina, Barry Leonard estaba contemplando como una sartén llena de grasa chisporroteaba, sobre el fuego de unos leños cruzados bajo la ancha campana de la lar.

—Esto..., Barry... He desnudado a dos croatas de sus ropas.

Y, al hablar, arrojó sobre una mesa, un montón de ropas.

—No sirven, Percy. Por acá abundan los guerrilleros, y no quiero que nos frían como estoy friendo estos huevos.

—¿Qué porquería es ésta?

—Grasa de vaca. Sabe bien... cuando te acostumbres, y como me temo que vas a pasar unas largas vacaciones por estas montañas, empieza a prepararte el paladar a los guisoteos croatas.

Percival Scott se dejó caer desplomado en un escabel, musitando:

—Era diferente. Desde arriba soltar bombas, o ametrallarse con otros monstruos de motores rugiendo, era diferente... a esto, Barry. Acaban de morir en menos de un cuarto de hora doce hombres.

—Escucha bien este consejo, muchacho. Aquí se trata de pensar sólo en algo muy sencillo. Para vivir hay que matar. Ésta es la sencilla ley que ahora impera, y reinará mientras dure la guerra.

—Resulta increíble, Barry.

—Prueba este líquido. Equivale al té, sólo que está hecho con hierbas de monte. Es algo superior. Calientate el estómago..., que ahora, estamos gozando de parada y fonda.

Percival Scott cogió el cazo y bebió con recelo. Pero el té montañés le agradó. De pronto tiró el cazo, poniéndose en pie nerviosamente.

Un rugido ronco y creciente iba acercándose. Precipitóse a la ventana, y gritó:

—¡Ahí vienen, dos coches como los del establo! ¡Otros diez de la *Gestapo*!

CAPÍTULO V

VLADO DAVIDOVITCH

Barry Leonard empuñó la sartén y echó a correr hacia el establo, seguido por el renqueante Percival Scott.

Dejó la sartén sobre una collera de ganado, y arrastró hacia la única ventana un carro-ametrallador. Después colocó al lado del sillín una caja de bombas de mano.

—Coge dos fusiles ametralladores, Percy, y sube arriba.

—Mejor sería empuñar el volante y abrírnos paso.

—Mira tú mismo si es posible.

Los dos coches acababan de detenerse a izquierda y derecha de la granja. Saltaban los diez hombres, cuatro de ellos soltando los garfios de enganche de las ametralladoras.

Distaban medio centenar de metros. Hablaban entre sí.

—Están poniéndose de acuerdo para no imitar a los que están tendidos sobre la hierba —comento Barry Leonard.

Entre la granja y el lugar donde los dos coches se habían detenido, los diez cadáveres, en posturas grotescamente trágicas sembraban el paso.

Percival Scott, dijo:

—No subo arriba, Barry. Ya no hay escape, y quiero estar contigo. Yo quiero intentar suerte, saliendo con el coche.

—Ofrecerás un blanco infalible.

—¡Mejor que esperar aquí a que nos hagan saltar por los aires!

—No dispararemos. Puedan creer que los actores de aquellas bajas han huido. Registrarán, primero. Empezarán por la cocina. Entonces, fuera, sólo quedarán la mitad. Barreremos a los de las ametralladoras, y pisando el acelerador procuraremos escapar, Esto es lo único sensato.

Cada grupo de cinco continuaba en su conciliábulo, parapetados tras los coches, separados entre sí medio centenar de metros.

Unos gritos guturales intercambiaron de grupo a grupo. Volvieron a poner en marcha los motores, pero no subieron a los coches, sino que los fueron empujando lateralmente, mientras dos de ellos, fusil en mano dirigido hacia la granja, oteaban con miradas circulares.

El avance era lento, porque el que manejaba el volante lo hacía en forma incómoda, por la forzada, postura.

—Son croatas bien entrenados —dijo Leonard, que miraba por una rendija abierta junto a la puerta del establo—. Creo que saldremos de ésta, aviador. Tú, vigila el

coche del flanco derecho, pero no dispaes.

Percival Scott sentía mareos. Sus heridas, y aquella consecutiva escaramuza en tierra, le ponían los nervios tensos. Parecióle que, de no morderse los labios, gritaría.

El avance lento de los dos coches patrulla, bajo aquel sol... Los diez cadáveres... La frialdad de Barry Leonard, que le parecía ser un comentarista de cine...

—Treinta metros, aproximadamente. A este paso, tardarán aún diez minutos en estar dentro de la granja. Sigue alerta. Percy.

Percival Scott aplicó los ojos a la rendija. Oyó el ruido con el que Barry Leonard masticaba el duro pan que mojaba en los huevos fritos con aquella grasa pestilente.

—¿Cómo puedes comer, Barry?

—Con los dientes, hombre. ¿Qué tal los invitados al cotillón?

—Se han parado otra vez.

Acercóse Leonard, masticando. Llevaba, la sartén en la diestra. Miró por la otra rendija.

Veía uno de los coches detenido a veinte metros, casi frente al establo.

Y, súbitamente, el traqueteo rápido de una ametralladora, cuyos proyectiles rebotaron contra las paredes de la fachada, en surco de izquierda a derecha.

—Tanteo, Percy. Quieren ver si alguien responde.

Los dos estaban tumbados en el suelo sobre la paja, Percival Scott, susurró:

—Me voy a volver loco. ¡Salgamos, Barry!

—Esto quisieran ellos.

—¿Una granada?

—Hay que abrir la puerta, porque lanzada por la ventana no daríamos en el blanco. Paciencia, aviador.

La ametralladora cesó de disparar. Ahora fue la de la derecha la que rasgó el aire, cruzando la otra fachada.

—Sube al volante, Percy. Prepárate a arrancar, si penetran en la cocina. La puerta se abrirá con el parachoques.

—Nos han copado, Barry, nos han copado. De ésta no salimos. Estoy vencido. No podría, ni pisar el pedal.

—Verás cómo puedes, cuando empiece el cotillón. Está feo el panorama, pero son diez, y antes también eran diez.

—¡Dios! ¡Dios! ¿Qué pasa ahora? —gimió Percival Scott.

Un furioso tiroteo acababa de iniciarse. Y unos gritos salvajes resonaban más allá de las cercas...

—¡«Muerto o libre»! —gritaban, con frenesí.

Barry Leonard sonrió y cogió por el cuello al aviador, diciéndole al oído, porque el rugido de los disparos y bombas de mano era ensordecedor:

—Como en las películas, Percy. Cuando los buenos van a sucumbir, llegan los *cow-boys* a salvarles. ¿No oyes estos rugidos salvajes? Es la contraseña de Vlado Davidovitch y sus guerrilleros.

Barry Leonard se acercó a la ventana, alzando el sillín con la ametralladora.

Los croatas de la *Gestapo* corrían abandonando el coche para buscar parapetos en la granja. El inglés apretó el gatillo, dando un movimiento de arco al cañón apoyado sobre el marco de la ventana.

Percival Scott no resistió más. Sentado en el estrapontín del coche, se apoyó en el volante y se desmayó.

Un chorro de agua en la nuca le despertó, y oyó la voz mordiente y metálica de Barry Leonard anunciar:

—Tras la tormenta, nace la calma. Quédate aquí, aviador.

En la explanada iban reuniéndose los guerrilleros. Eran tipos pintorescos, vestidos abigarradamente, sucios, con caras de bandidos.

Llevaban gorros de piel, y, cruzadas ante el pecho, cartucheras. Entre ellos había varias mujeres, mugrientas, carentes de feminidad.

Uno de los guerrilleros, en alto el fusil, avanzó hacia el establo, gritando:

—¡Eh, compañeros, salid!

Barry Leonard abrió la puerta del establo, apareciendo.

—¡Pronto! —apremió el guerrillero, hoscamente—. ¿De qué fracción eres, y cuál es tu capitán? ¡Ponte las manos en la nuca, pronto!

Barry Leonard obedeció, y avanzando, replicó:

—Vlado Davidovitch me espera. Nos teníamos que ver en Ankara... Derribaron el bombardero en que venía yo.

La hosca expresión del guerrillero se transformó, apareciendo en su semblante una indefinible mueca de idolatría, de mística adoración salvaje.

Una voz melodiosa, grave, acababa de gritar, sin estridencias, con la pastosa sonoridad de un tenor:

—¡Glovinka! ¡Retirada con todos los tuyos! ¡Llevaos los coches y el armamento! ¡Vosotras! ¡A la granja, a recoger todas las provisiones! ¡En diez minutos no quiero a nadie aquí!

El que ordenaba apareció, al paso de su caballo. Un blanco potro piafante, adornado de silla, bridas y grupa, con bordados de oro.

El jinete vestía un atuendo que recordaba a Barry Leonard los uniformes montenegrinos de opereta. Gorro alto de pieles, guerrera corta azul, pantalón ceñido rojo, metido en las altas botas, carmesí, con franjas doradas.

Llevaba cartucheras cruzadas, y al cinto ancho de mallas de plata, una pistola y un corto puñal.

Pero lo que impresionaba era su apostura física. Alto, amplio de espaldas, estrecho de cintura, Vlado Davidovitch tenía un rostro helénico. Recordó Leonard la estatua representando al dios griego Adonis.

Afeitado por completo el rostro, que parecía tallado en mármol, los grandes ojos negros eran audaces, inquisitivos.

Los guerrilleros corrían en todas direcciones, para cumplimentar las órdenes.

Entre las cercas los cadáveres acribillados parecían no existir ante aquel jinete todo velocidad y arrogante majeza.

Cuando el morro del potro rozaba ya el pecho de Barry Leonard, Vlado Davidovitch saltó al suelo. Más que saltar, parecía deslizarse.

Tendió la diestra, ancha y recia, pero manicurada.

—Yugoeslavia libre saluda a Gran Bretaña, caballero —dijo, en perfecto inglés—. Celebro infinitamente haber acudido oportunamente. ¿Tiene usted la bondad de decirme lo que no tuvimos ocasión, de oírnos en Ankara?

Barry Leonard no sonrió, porque lo que en otro hubiera sido afectación, en Davidovitch era natural.

—«Tiene el Varazdin doce brujas negras» —recitó.

—«Y si no os jugáis la existencia...» —replicó Davidovitch.

—«Jamás conseguiréis la vida».

—Soy Vlado Davidovitch.

—Me llamo Barry Leonard.

El jefe guerrillero silbó. Corriendo acudió un peludo sujeto que semejaba un oso. Cogió por las bridas el caballo y se alejó.

Percival Scott asomo, acercándose cojeando.

—El aviador Percy Scott, que fue derribado conmigo del bombardero. Se ha visto forzado a seguir mí camino.

Vlado Davidovitch tendió la diestra, y repitió:

—Yugoeslavia libre saluda a Gran Bretaña, caballero. Podemos partir, señores. Aquel coche nos llevará.

Uno de los coches estaba ya ocupado por cinco guerrilleros. A una señal de Davidovitch empezó a ponerse en marcha.

Sentóse Scott atrás, mientras junto al volante, ocupado por Leonard, se instalaba el majestuoso guerrillero.

—Iremos ahora al primer cuartel de Zagreb, señores. Siga aquel coche, por favor, señor Leonard.

La mente del agente, mientras conducía, imaginaba lo teatral que resultaría para unos ojos occidentales el desfile que se formó, de los cuatro coches cargados de tipos patibularios.

El coche que iba de guía torció de pronto hacia la derecha, atravesando un campo y abandonando la carretera. Poco después se paraba entre unos altos peñascos.

Descendió Davidovitch, mientras un guerrillero apartaba unas matas tupidas y una oquedad se ofrecía. Penetró el jefe guerrillero y la oquedad mostró su interior recubierto de telas, una mesa, cinco sillones y dos candelabros encendidos.

Sentóse en el sillón, y señaló otros dos a los ingleses.

—¿Su compañero conoce el esloveno, señor Leonard?

—No.

—Entonces, hablemos esloveno. Le ruego cuente lo sucedido, a partir del instante

en que escapó de Ankara.

Relató Leonard detalladamente. El guerrillero sacó una cigarrera, tendiéndola. Eran unos cigarrillos alargados, cuyo humo aromático hizo toser a Percival Scott.

—Ahora, señor Leonard, dígame en concreto el ofrecimiento que en nombre de los comandos británicos ha venido a presentarme.

—Nuestro Estado Mayor admira la valentía de vuestros guerrilleros, pero estima que se desperdician muchas vidas, y los esfuerzos no rinden todo su fruto, debido a una falta de coordinación, por haber hasta ahora carecido de contacto nuestras fuerzas. Si mediante una continua trabazón por radio yo pudiera comunicar las operaciones que usted emprende, y se ejercieran en la costa, podrían sus luchadores contar con el apoyo de comandos ingleses.

—Deme un ejemplo práctico, señor Leonard. No debe olvidar que soy un inculto guerrillero salvaje, conocedor de la emboscada montañera y de la lucha cuerpo a cuerpo, pero la estrategia no es mi fuerte.

—El ejemplo que me dieron es el siguiente: en la península de Istria empieza la cadena de islas que forman barrera a todo lo largo de la costa dalmata. Si los guerrilleros hostigasen la franja costera, las lanchas inglesas de los comandos podrían atacar las islas. No se trata del esperado desembarco, porque no es factible aún. Pero un ataque conjunto obligaría a los *nazis* a destacar numerosos contingentes en la costa dalmata, sacándolos de otro lugar de Yugoslavia. Después..., en otra zona, repetiríamos la misma operación.

—Sobre el plano, es de mi agrado. Ahora bien..., ¿conocen en Inglaterra al señor Ferenc Karpo?

—Han oído hablar de sus capacidades. Yo le vi personalmente, y comprendo que no es de desdeñar.

—El señor Ferenc Karpo es mi único enemigo importante. Por cada diez guerrilleros míos, él tiene veinte agentes croatas y eslovenos. Aquí, en la montaña, domino. En el valle y la costa, podría dar el primer ataque, pero la retirada me sería cortada por Ferenc Karpo.

—Nuestro Estado Mayor desea la mayor efectividad, y se somete a sus sugerencias, señor.

—¿Sí? —Y los negros ojos brillaron con un destello sardónico—. Pongo un ejemplo. En la ciudad de Zagreb hay cinco mil enemigos. Yo dispongo de veinte fracciones que suman dos mil hombres. Si a la hora «H», expresión muy favorita de su raza, yo pido tres mil paracaidistas en lluvia sobre Zagreb, acepto la colaboración.

—Lo siento, señor. Fue discutida la posibilidad de esta oferta, y el Estado Mayor no la aceptaría.

—¿Por qué?

—Una lluvia de paracaidistas en el Varazdin supondría para Inglaterra la pérdida inútil de tres mil comandos, porque las baterías antiaéreas en esta zona son demasiado abundantes, y lo siento, señor, pero...

Se detuvo Leonard, porque echando hacia atrás la cabeza, estalló Vlado Davidovitch en una carcajada ruidosa, que parecía no se iba a terminar nunca.

Percival Scott, que no entendía una sola palabra, miró con admiración a Leonard. ¿Qué chiste acababa de contarle al hermoso atleta disfrazado como un cosaco o un príncipe Balkánico?

Vlado Davidovitch cesó de reír, y dijo:

—Está bien, señor. Es la respuesta que quería, para cerciorarme de que su Estado Mayor sabe el terreno que pisa. Es natural... Ellos se dicen: «¿De quién es la patria Yugoslavia, sino de Vlado? Pues que Vlado corra el mayor riesgo». Sí, señor. Vlado correrá el mayor riesgo. ¿Qué es lo que desea con más ansias, caballero?

—Una ducha, un afeitado, huevos con Jamón, té y tabaco de pipa.

Vlado Davidovitch se levantó. Emitió un silbido, y en el umbral la cueva asomó el sujeto parecido a un oso.

—¡Sturtic! Conducirás a estos dos caballeros, mis amigos, al cuartel general.

Se volvió hacia los dos ingleses, y en este idioma dijo:

—Excúsenme, pero debo presenciar la retirada de todos los componentes de la sexta fracción. Antes de media hora, volveremos a vernos, y espero tener el honor de almorzar juntos. Bienvenidos a Yugoslavia libre.

Se marchó. Percival Scott, murmuró:

—Si fuese pintor, ¡qué gran modelo para un pirata moderno! Con modales de un Borgia. Da la impresión de que no hay poder que logre vencerlo. Como tú, Barry, sólo que en otro estilo.

—Sí; de esos que uno piensa que aun no ha nacido el cura que dé las aguas bautismales al hombre que pueda vencerle. Este oso se llama Sturtic, y nos llevará a otro refugio.

Sturtic estaba fuera, al volante del coche. Saludó llevándose la mano abierta al borde del gorro de piel, cuando se instalaron los dos británicos.

Una modorra profunda invadió a Percival Scott al traqueteo del coche por caminos abruptos y senderos empinados, con profusión de virajes repentinos, evitando, por escasos metros, hondos precipicios.

—Eres un artista del volante, Sturtic —alabó Leonard, empleando el serbio-croata en su tuteo amistoso.

—Yo tenía un *taxi* en Zagreb antes de que el *Dobrucha* me llamase. ¿Tú conocías ya al *Dobrucha*?

—Sólo hoy he tenido este honor, Sturtic.

—Como el *Dobrucha* no hay nadie. Las mujeres acuden a él como a la miel las avispas. Los valientes se hacen matar por él. Todo el mundo entero le teme, y es bueno con los niños y los pobres; pero ante el que desobedece o es su enemigo, el *Dobrucha* se convierte en el genio del infierno.

—Esto lo define bien, Sturtic.

La cabeza de Percival Scott había cogido por almohada el hombro da Barry

Leonard. No pudo darse cuenta, en la hondura de su modorra, de que era llevado en brazos hasta una cueva enorme, abierta en la numerosa reunión de peñascos que formaba una de las cumbres del Varazdin.

Le tendió Leonard en un camastro. Sturtic apartó una cortina en aquella cueva, iluminada también por candelabros, con sillones y mesas de diferentes estilos.

Tras la cortina había, un lavabo, un espejo, una lucha y todos los utensilios para el aseo.

Dijo Sturtic:

—El agua es de río y cae muy fuerte. ¿Quieres que te traiga comida?

—Una taza de café, si lo tenéis.

—Sí, lo tenemos. ¿Y a tu dormilón, de amigo?

—Otra taza de café.

Con placer se desnudó Leonard, colocándose bajo el chorro prieto y helado que surgía, del ancho tubo de la ducha.

Se secó con una toalla áspera, y, afeitándose, pensó que nadie en Londres podía imaginarse que en aquellas montañas, sobre un estante de cristal, junto a un lavabo instalado en una cueva, había un frasco de la legítima Lavanda de Yardley.

Cuando secóse el rostro, se acercó a la cama donde roncaba Percival Scott, y derramó la mitad del frasco de lavanda que olía a campiña inglesa sobre la manta que arrollada servía de almohada.

Percival Scott frunció la nariz, sonrió... y volvió a roncar con más fuerza. Entraba Sturtic con una escudilla de madera que despedía un fuerte olor a café. Colocó sobre la mesa dos jarrillos.

—¿Tabaco para pipa, Sturtic?

—El *Dobrucha* me ha ordenado que si pides tabaco, te señale el camino para llegar donde lo encontrarás. Sigues este pasadizo y giras a la derecha. Allá hay otra cueva, mucho más bonita. Allá tendrás el tabaco para tu pipa. El *Dobrucha* dice que eres un gran valiente, y lo dice muy pocas veces. Yo, Sturtic, quiero ser tu amigo.

—Lo somos ya, vejete —y la expresión cariñosa en serbio-croata distendió la faz horrenda de Sturtic en sonrisa ancha de agradecimiento.

Se fue, y Barry Leonard apuró con deleite el café en el que había diluido unas gotas de un licor de hierbas, que empapaba el paladar de intensa frescura, mientras en el estómago el brebaje caliente reconfortaba.

Miró hacia Percival Scott, y estimó que era preferible dejarlo dormir. Siguió el camino indicado por Sturtic.

Alzó la cortina y entró en una cueva más iluminada, donde había un mueble-bar, una radio de baterías y un diván.

Barry Leonard perdió su habitual serenidad. Abrió la boca y ahogó una exclamación. En el diván, de fondo granate, destacaba el negro vestido que moldeaba como una funda el maravilloso portento de una escultura viva femenina.

Olga Nissen, «La Bella del Bósforo», mostró los dientes de perla en sonrisa

ambigua:

—Bienvenido, Barry. He llegado dos horas antes que usted. ¿Un combinado que inflame sus venas de hielo?

CAPÍTULO VI

EVA

Barry Leonard, ya recuperado el dominio de su habitual temple flemático, adelantóse hacia el diván, donde las cruzadas piernas de Olga Nissen mostraban, hasta un poco más alto de las rodillas, la gasa color gris de sus medias.

—Si no me engaño, señorita Nissen, la última vez que tuve el placer de verla llevaba usted un vestido chorreante, estaba desgredada y medía las arenas de una playa de Armenia con los pies desnudos.

—Una de mis amistades era un oficial aviador turco. Consintió en exponerse y aterrizar en un campo próximo a Zagreb. Incendió el aparato, y a estas horas andará camino del mar.

—Sus amistades numerosas no titubean en jugarse la vida por sus bellos contornos.

—Porque son hombres con sangre en las venas y algo llamado corazón. ¿Ha oído hablar de esta víscera llamada corazón?

—Le latía a usted mucho allá en el Bósforo, pero seguramente debía tratarse de la acción de la droga. No sé por qué, señorita Nissen, pero tengo vaga idea de que en vez de corazón tiene usted, en los momentos normales, sin droga, un segundo cerebro calculador.

—Le ofrecí un *coctail*. Me es usted soberanamente antipático, Leonard.

—Verá cuán sencillo es adivinar las causas de su antipatía. Obedecen a que yo sigo el consejo de mi difunto abuelo.

—¿Qué le decía su abuelito?

—Me decía, mientras empujaba mi cuna: «Barry, si nosotros los hombres no fuéramos los que persiguiéramos a las mujeres, tendríamos que subirnos a los árboles para escapar de la persecución de ellas».

—Muy ingenioso. Quiere decir, que usted al no mostrar la menor admiración hacia mí, ha provocado mi furia persecutoria, y que estoy suspirando por besarle.

—Lo que quiero decir, es que estamos en una cueva perdida en las cimas del Varazdin, y no siento el menor deseo de jugar al Adán.

—Añada que le parece sospechosa mi presencia aquí.

—Este vestido que lleva es una maravilla del arte de vestir tela, sin cubrirse. Tenga presente que somos muchos varones privados de femeninas amistades desde hace tiempo.

Olga Nissen se levantó, y su desperezo semejó el estirar de un gato atigrado, que se dispone a saltar sobre un ratón desprevenido. Se acercó al mueble-licorero, cuya

cubierta alzó.

Las dos mesillas de cristal mostraron copas y frasquitos de contenidos distintos.

Vlado Davidovitch entró. Sin gorro, su rizado cabello negro formaba como un casco prieto alrededor de su cabeza. Había substituido la casaca por una blusa holgada cuyo cuello se abrochaba a un lado de su garganta.

—Presumo, señor Leonard, que conoce ya a nuestra distinguida invitada. Me contó Olga que usted la salvó de perecer ahogada. Brindemos con fruición por el feliz azar que permitió que usted impidiera la desaparición de la bella obra de arte que es Olga Nissen, la «Bella del Bósforo».

Ella tendió una copa plateada, de alto tallo, al guerrillero. Mostró a Leonard los vasos de cristal y los frascos.

—Sírvase lo que prefiera, Leonard. Ignoro sus gustos.

Barry Leonard se escancié ginebra. La miró al trasluz, y las facetas de cristal le devolvieron amplificada la figura de Olga. Nissen, que al lado de Davidovitch alzaba su copa.

—Brindo por la más bonita Eva —dijo el guerrillero.

—Brindo por el más hombre de los hombres —replicó ella.

Bebieron los tres. Vlado Davidovitch sonrió:

—Falta su brindis, caballero.

—Por el éxito de los que luchan por un mundo mejor.

Olga Nissen abrió una cajita, encendió un largo cigarrillo, y lo colocó entre los labios del yugoslavo. Mostró otra caja:

—Tabaco de pipa, Leonard.

Se sentó ella, y el brazo derecho del guerrillero le rodeó el talle. Barry Leonard rellenó su pipa, encendió, y con la primera bocanada del tabaco con olor a miel, dijo:

—¿Qué manzana trae Eva, *Dobrucha*?

Parpadeó el guerrillero, mientras ella doblando las piernas, casi se tendía sobre el diván, apoyando su cabeza en el pecho y sobre el brazo de Davidovitch, que replicó:

—Olga me ha advertido que posee usted un humorismo agresivo, señor. Tal vez, yo un inculto bandolero patriota, no sea el más apropiado para penetrar sus cáusticas frases, señor.

—Estudió usted en Cambridge, en la Sorbona y en Berlín, *Dobrucha*. Tiene usted de inculto, lo que yo de simpático. Usted representa una causa de independencia, y yo represento a Inglaterra. Quisiera que usted no se tomara lo que voy a decirle, como lo haría un hombre galante. Yo no puedo ser galante, porque soy un agente inglés, en servicio activo. Al igual que yo le he explicado cuanto ha querido usted saber, ¿puedo yo ahora interrogare, *Dobrucha*?

—Hágalo, señor.

Olga Nissen se contemplaba las largas uñas recientemente laqueadas. Barry Leonard exhaló otra bocanada de humo antes de preguntar:

—¿Quién es esta bonita vampiresa?

La carcajada del guerrillero fue tan exuberante como lo había sido en la otra cueva. Pero sus ojos tenían una expresión hostil.

—Es Olga Nissen, la dama que usted salvó de caer en manos de los esbirros de Ferenc Karpo.

—Escuche, Vlado Davidovitch... Mi camino hasta aquí se compone de las siguientes etapas: en la cárcel de Grastko, cuatro muertos. En el aire siete muertos. En la granja, veintidós muertos. Suman treinta y tres. No quiero que la cifra se aumente. Aclararé... y domine sus impulsos galantes, *Dobrucha*. La señorita aquí presente me tradujo un artículo de un periódico turco. Pero lo tradujo a su modo. ¿Por qué altero el contenido?

Vlado Davidovitch acarició el cabello de la «Bella del Bósforo».

—Desde Ankara hasta aquí, hay muchos adeptos que me admiten como Jefe. Ferenc Karpo no encontró el cadáver de Olga. Hizo publicar la noticia de que ella había sido agredida por adeptos míos, para que en su camino de regreso, ella, si se había salvado, encontrara dificultades, al creerla mis hombres una traidora. La verdad es la siguiente: Olga Nissen pertenecía, al servicio de Ferenc Karpo, hasta que yo logré convencerla de que me prestara su valiosa ayuda. Se hizo la personal amiga de Ferenc Karpo y por ella supe muchas cosas utilísimas. Desgraciadamente, la noche en que nos debíamos conocer nosotros dos, Ferenc Karpo tuvo pruebas de que Olga era una eficaz auxiliar mía. Olga esperaba en el puente, precisamente para facilitarle la huida. Los agentes de Karpo se personaron en el puente, y no tuvo ella más remedio que saltar al mar.

—¿La cocaína?

—En los momentos de espera, cuando hay mucho peligro, la señorita Nissen acude al calmante especial que le proporciona esta droga. Como no pensó que debería arrojarse al agua, se inyectó.

—¿Por qué me tradujo a su modo el artículo, si sabía que yo era el agente inglés?

—Nadie sabe nada de nadie por estas tierras balcánicas, señor Leonard, hasta no tener pruebas evidentes. Ella le creyó un agente de Karpo, porque no podía creer que la casualidad, que domina nuestros destinos, le pusiera a usted precisamente bajo el puente, para salvarla. ¿Lo comprende bien ahora?

—Perfectamente. Debería presentar mis excusas a la señorita, pero no lo puedo hacer, porque no serían sinceras. No se extrañe, *Dobrucha* pero no soy partidario de la inferencia de Eva en las telas de araña de los servicios secretos. Usted mismo reconoce que, enamorándola, ella consintió en traicionar a Karpo.

—Me desagrada esta conversación, caballero.

—También a mí, *Dobrucha*. Pero somos muchos los pendientes de cualquier descuido, error... o traición.

Olga Nissen se incorporó para sentarse normalmente. Sonreía, sin la menor alegría. Casi había tristeza en sus ojos.

—El inglés tiene razón, Vlado. No le guardes rencor. Él sólo va a un fin y no

mide sus palabras. Es sincero. Me cree una posible traidora, porque lo he sido ya una vez. No sabe que te quiero.

—«Dobrucha», señor Leonard, título con el que usted me distingue, significa, como sabrá, atamán, jefe con atributos indiscutibles de mando supremo. Si he considerado a Olga una valiosa aliada de toda mi confianza, no soporto que contradigan mi parecer.

Barry Leonard arqueó una ceja, y su duro rostro adquirió una expresión mefistofélica cuando replicó:

—A esto le contestaré con una realidad inglesa. Usted ha leído a Bernard Shaw, nuestro supergenio. Pues bien, actualmente escribe que nosotros los ingleses somos unos pedantes, demasiado bien alimentados, a los que nos convendría menos mantequilla, y que desea que Hitler invada Inglaterra, para que empecemos a reflexionar en los inconvenientes de dormir sobre nuestro glorioso pasado. Y Bernard Shaw sigue opinando libremente, ¿comprende? Somos colaboradores, Vlado Davidovitch, pero en ningún modo me confunda con uno de sus leales. Y ahora, permítame vaya a enterarme si mi amigo, se ha despertado, o necesita algo. Es radiotelegrafista, y si puede usted proporcionarle utensilios y material, construirá la emisora-receptora portátil que precisamos.

Abandonó Barry Leonard la sala, sabedor de que en la mirada de Vlado Davidovitch no había ninguna amabilidad. Pensó que la discordia surgió en el paraíso con la presencia de Eva.

Era curioso que todos hablasen de cocaína en inyectables, cuando hasta entonces siempre creyó que la droga se suministraba en polvo, y también recordó el caso de los contrabandistas que mezclaban una parte de blanca cocaína, con dos iguales de harina y bicarbonato. Tendría que aclarar esto y muchas otras cosas.

—Tu amigo salvador parece practicar el viejo lema de los antiguos serbios; «Vino y verdad sin aguar» —dijo Vlado Davidovitch, poco después de que hubo salido el agente inglés—. Olvida que está, en el Varazdin y no en un rincón del Imperio británico.

De pronto desarrugó el entrecejo y prorrumpió en su risotada que hacía cesar tan bruscamente como empezaba. Dijo:

—Es simplemente soberbia mortificada. Estoy acostumbrado a que nadie me discuta. Creo que os odiáis los dos, y un proverbio montenegrino dice que «lo único que no despierta amor es la indiferencia, pero que el odio es el primer paso hacia la dulzura amorosa». ¿Ríes, Olga? Pero creo que le pasa algo como a mí. Tu soberbia está ofendida, porque el inglés no se rinde a tus encantos, como no se ha rendido a mi autoridad.

—Mejor prefiero hablar de otras cosas, Vlado. Por ejemplo, de tus próximos proyectos. ¿Dónde iremos ahora?

En la cueva donde se había aseado, Barry Leonard sentóse en un escabel junto al camastro donde roncaba Percival Scott. Pensaba en que era extraño que al verse ante

Olga Nissen, sintiera un doble deseo contradictorio: abrazarla y abofetearla.

Titubeó en despertar al durmiente, pero de pronto un lejano disparo retumbó, y sucesivamente otros fueron repitiéndose en eco que iba aproximándose cada vez más a las cumbres.

Sturtic entró corriendo, resoplando furioso:

—¡Alarma! ¡Nuestros centinelas avisan la llegada de Ferenc Karpo y sus esbirros! ¡Han descubierto este refugio secreto! ¡El *Dobrucha* ruega acudan inmediatamente al coche en que vinieron!

—¿Tantos esbirros trae Ferenc Karpo?

—Dos batallones motorizados de croatas.

—¡Por Jehová! —Gruñó Scott incorporándose—. Está visto que en esta endiablada tierra nadie puede dormir tranquilo. ¿Qué significan los gargarismos del oso, Barry?

—Que han avistado dos batallones croatas, que vienen hacia acá, y tenemos que huir de nuevo hacia otro rincón.

Cuando llegaban junto al coche, Barry Leonard había observado algo anormal. Los guerrilleros, que iban desfilando en sentidos diversos, tenían todos una actitud elocuente: miraban con respetuoso temor a Vlado Davidovitch, sentado en un coche junto a Olga Nissen.

Y si sentían que no eran observados por el *Dobrucha*, miraban de soslayo, con odio rencoroso a Olga Nissen.

El cuartel general de Vlado Davidovitch hasta entonces había sido un secreto. Y ya no lo era desde que había llegado Olga Nissen.

Sturtic al volante, pisó el acelerador. Preguntó Leonard:

—¿A qué distancia están los de Karpo, vejete?

—Muy lejos. El primer centinela nuestro está en el pico Drenova, que domina todas las carreteras, y dista veinte kilómetros de aquí.

—¿Y cómo se oyó su disparo?

—No. No se oyó. El primero dispara un cartucho-bengala, y sólo el que está de centinela lo bastante cerca para ser oído, dispara con bala, y los demás, cada vez más próximos a la cumbre del refugio que ahora abandonamos, repiten el disparo a intervalos, y van retirándose.

—¿Cómo sabes que son gente de Karpo?

—El *Dobrucha* vio a su enemigo con los largos anteojos. Iba en el primer coche blindado.

—¿Por qué todos miráis con mal ojo a la bella extranjera?

Sturtic miró en rededor, pero el coche descendía solitario por entre riscos y matorrales, por un sendero lleno de baches y angosto que rozaba con precipicios en los claros.

—Sabemos que fue amiga de Ferenc Karpo. Nosotros somos gente sin fineza, y lo que el *Dobrucha*, quiere o piensa está muy por encima de nuestros toscos entenderes,

pero esta mujer... traerá la mala. Y el joven Vladinka ha dicho que ella es una espía de Ferenc Karpo.

—¿Y tú qué crees, vejete?

—Extraño es que poco después que ella haya llegado se presenten Karpo y los suyos en un lugar donde nadie sabe que estaba el *Dobrucha*, aparte ella.

Percival Scott había vuelto a dormirse, y de nuevo era el hombro de Barry Leonard el que escogió de almohada.

El terreno era cada vez más accidentado, si bien menos pendiente. Empezaba la gran llanura boscosa, con altozanos, declives y riachuelos que formaba el Lika-Krava, la inmensa comarca que al oeste lindaba con la costa dálmata.

Oyó Barry Leonard distintas veces el repicar de cascos de caballos. Eran guerrilleros de Davidovitch, dirigiéndose todos al lugar señalado por el *Dobrucha*. Barry Leonard estaba cansado. Tomó por almohada el ancho y redondo hombro de Sturtic.

CAPÍTULO VII

EL GATO SE CONVIERTE EN TIGRE

—Un hermoso gato —dijo Percival Scott calentándose las manos junto a la fogata—. Esto es lo que me parece el *Dobrucha*.

Estaban en un claro, rodeados por doquier de espesa vegetación y Sturtic había encendido un fuego, conviniéndolo pronto en brasas, echando tierra encima y hojarasca.

Atardecía y el sol pálido del invierno no penetraba en la floresta, poblada de susurros. Los guerrilleros habían avanzado en perfecta maniobra.

Como decía Barry Leonard, los cuatro coches formaban el centro de un cardo espinoso, cuyas púas eran el círculo de jinetes. Un cardo que se iba deslizándose hacia la costa.

Debían haber recorrido aproximadamente unos dos centenares de kilómetros, y las cumbres del Varazdin eran ya invisibles.

Comieron frugalmente, y Sturtic se tendió en el asiento del coche, cuando Percival Scott lo hizo envuelto en una manta y prefiriendo el blando césped.

Tenían que esperar orden de Davidovitch para seguir avanzando. Barry Leonard fumaba su pipa recostado contra un tronco de árbol, cuando al extremo del túnel formado por los arcos de ramaje y lianas apareció una figura femenina.

El halo del final, con aureola de polvillo de oro de los últimos rayos solares, daba a la mujer cierta apariencia de bruja, con su corta capa y la capucha picuda.

Se aproximó, hasta detenerse frente al inglés, que sentado, inclinó la cabeza en breve saludo.

—Vlado se ha ido a reconocer los puestos de escucha. ¿Puedo conversar con usted, Barry?

—Siéntese, Olga. En este rincón se olvida uno de querellas y celos. Es la naturaleza libre. Puede el espíritu remontarse a los tiempos medievales de Fulk, el de los Ciervos y Pedro el Garañón, que con sus arcos se escondían en las cuevas de los ermitaños, levantados en armas contra los tiránicos barones.

—Me hubiera gustado vivir aquellos tiempos.

—Se hubiera usted llamado Isolda de la Rosa.

—Y usted habría sido Messire Puñales, el bandolero de corazón de piedra. Es bueno soñar a veces, Barry.

Se había, sentado a su lado echando hacia atrás la capucha. El perfecto óvalo de su semblante aparecía como engarzado en el marco negro de la capucha.

—Es bueno soñar, cuando se descansa, Olga. Pero sin ayuda de drogas. A

propósito, yo creía que la cocaína se aspiraba por la nariz, y que no era inyectable.

—La que yo empleo tiene mezcla.

—Es usted joven e inteligente, ¿por qué acude a drogas?

—Tengo el corazón enfermo. Es curioso como la obscuridad se presta a confidencias, Barry. Usted me cree una mujer incapaz de lealtad, que goza engañando.

—En estos instantes lo que me interesa es la refracción de la luz sobre las hojas de las hayas, el olor a tierra mojada, el aroma de las flores silvestres, y esta paz que nos rodea.

—Todos los seguidores de Vlado me miran con odio.

—Yo no. Y dígame, ¿cómo es posible que en medio de esta selva, escapando, tenga usted un maquillaje tan sutilmente terminado?

—No sería quien soy, si no cuidara mi aspecto. Vaya donde vaya, llevo un maletín-neceser de Max Factor, que tiene un espejo iluminado con luz azul, que permite maquillarse adecuadamente. Le agradezco me distraiga con fruslerías.

—A instantes, da usted la impresión de sentirse perdida en un laberinto.

—Ahora lo estoy. Vine con toda mi buena voluntad, para terminar de una vez con mi pasado. Y aquí me miran como si yo atrajese la mala suerte sobre Vlado.

Envueltos en trapos, los cascos del blanco potro montado por Vlado Davidovitch no hacían ruido, pero lo distinguió Leonard, por la blancura que iba moviéndose entre los matorrales, aproximándose.

Descabalgó el guerrillero, entregando la rienda a Sturtic, que instantáneamente se había despertado, saltando del coche.

Vlado Davidovitch se aproximó, sonriente. Sus movimientos eran felinos, casi perezosos, pero emanaba de su presencia una elasticidad prodigiosa.

—El peligro ha cesado. Ahora son mis escuchas los que acechan a la lejana fuerza conducida por Karpo. No deja de ser extraño que avanzando en línea recta y sin titubeos dieran con mi cuartel general.

—Puede usted tener un delatador entre sus hombres, *Dobrucha*.

—No. De esto respondo. Cada uno de mis hombres más fieles vigila ciudadosamente su escuadra. En fin, este escondrijo no será hallado. ¿Puede despertar a su durmiente amigo. Leonard?

Barry Leonard se levantó y tocó en el hombro al yacente Percival Scott, que se incorporó gruñendo.

—Servicio activo, Percy.

Arrastrando los pies, apoyándose en un bastón toscamente cortado de una rama, envuelto apretadamente en su manta, Percival Scott miró con deleite a Olga Nissen.

En inglés, Vlado Davidovitch dijo:

—Siendo usted radiotelegrafista, señor Scott, dominará los misterios de las ondas hertzianas.

—No lo hago del todo mal, *Dobrucha*.

—Precisamos una emisora-receptora, de la cual su compañero el señor Leonard le explicará la clave de sintonización. Con ella comunicaremos con Londres o sus representantes en algún lugar del Mediterráneo. No lejos de aquí, en la ciudad de Doljani, hay un mercader en artículos de radio, el cual es fiel a mi causa. Le acompañará Sturtic en el coche, y usted adquirirá lo que necesite, para nuestro medio de conexión con Inglaterra.

—No es fácil construir lo que pide, *Dobrucha*.

—Tengo la seguridad que el mercader de Doljani le proporcionará exactamente lo que necesita, casi montado.

—¿La factura? —sonrió Percival Scott.

—A mi cuenta. Yo pagaré el día que triunfe. Todos lo saben. ¿Puede ponerse en camino ahora mismo, señor Scott?

—Indudablemente.

Se apartó Scott para que le explicase Leonard todo lo referente a la onda clave.

Vlado Davidovitch contempló unos instantes a Olga Nissen. Le acarició el cabello, pero ella apartó la cabeza.

—¿Qué te sucede, Olga?

—Quiero irme de aquí, Vlado.

—Pronto nos iremos.

—Separarme de vosotros.

—¿Por qué?

—Hay luces de sospecha tus ojos, y todos tus guerrilleros me miran con rencor.

—Eres extranjera.

—Lo son también Leonard y el aviador.

—No tuvieron amistad con Karpo.

—¡Si yo la tuve fue porque me obligaste a ello!

—No... Lo que yo logré fue que traicionaras a Karpo, querida. Pero no discutamos. Estás nerviosa...

El coche arrancó, llevándose a Sturtic y Percival Scott. Barry Leonard regresaba hacia el árbol, cuando un guerrillero acudió corriendo. Saludó ante Vlado Davidovitch, que en croata preguntó:

—¿Novedad, Vladinka?

—Ferenc Karpo está a cincuenta leguas.

—¿Siguen nuestra pista?

—No, *Dobrucha*. El viejo Plaski dice que tienen un modo de seguirnos muy extraño. No miran al suelo para ver trazos de ruedas y cascos, sino que se detienen de pronto a una orden de Karpo. Este habla con alguien, y vuelven a avanzar. Pero vienen hacia acá, aunque siguiendo por veredas distintas a las nuestras.

—¡Vete! Si Karpo llega a menor distancia que veinte leguas, que todos se pongan en camino hacia Karaula.

Se alejó corriendo el guerrillero. Vlado Davidovitch sonrió, mirando

alternativamente a Olga Nissen y al agente.

—Muy curioso... Nunca nos siguieron los pasos así. Es como si aquí hubiera un imán que los atrajera. Los dos han comprendido lo que Vladinka acaba de decir con respecto al viejo Plaski, el mejor rastreador que tengo porque fue cazador furtivo. ¿Qué dices a eso, Olga?

—Nada.

—¿Y usted, señor Leonard?

—Usted es el llamado a opinar, *Dobrucha*.

De pronto el sonriente Davidovitch frunció las cejas, su rostro se hizo duro, y alzando la mano abofeteó con rapidez de izquierda a derecha la cara de Olga Nissen, propinándole unos seis bofetones, antes de que su antebrazo se detuviera asido por la diestra, de Barry Leonard.

Ella retrocedió, y cubierto el rostro con las manos, sollozó.

—¡Suelta! —rugió Vlado Davidovitch—. ¡Suelta, inglés!

—¡Calma, *Dobrucha*! No está bien pegar a una mujer... mientras no tengas pruebas concretas contra ella.

Vlado Davidovitch, encorajinado, liberó su brazo y volvió a avanzar hacia la mujer, en alto la mano.

Se interpuso en su camino Barry Leonard. El yugoeslavo crispó los puños y lanzó un directo contra el rostro de Leonard.

El agente se agachó, y empujó bruscamente en el pecho al que, congestionado, tenía ahora gestos de tigre hambriento.

—Calma, *Dobrucha*. Empleemos el cerebro.

—¡Aparta!

Y Davidovitch lanzó otro directo hacia el estómago de Leonard, que se ladeó al impacto, pero alzando la izquierda, conectó limpiamente su puño contra la mandíbula de su exasperado contrincante.

Retrocedió Davidovitch ante la fuerza del golpe, sacudió la cabeza para recuperar el pleno sentido.

—¡Te va a costar caro, atreverte a pegarme, inglés!

—No pegues tú, *Dobrucha*, y hablemos razonablemente.

Un seco puñetazo cortó la palabra a Leonard, que cavó hacia atrás. Se levantó furioso, cuando ya el guerrillero se abalanzaba encima suyo. Quedaron los dos hombres abrazados, pero logró desasirse Leonard que, como un émbolo disparado, propinó una serie continua en estómago y flancos del yugoeslavo, que iba encorvándose, aunque trataba de repeler el martilleo.

Quedó de rodillas cuando también Leonard alcanzado en la yugular por un puñetazo, se desplomó, buscando ávidamente su respiración cortada por el seco golpe.

Gritó Olga Nissen, porque en el claro acababan de aparecer tres guerrilleros, apuntando con sus pistolas al inglés.

Vlado Davidovitch, tambaleándose, se puso en pie, ordenando:

—¡Fuera! ¡No os llamé! ¡Fuera he dicho!

Presurosos, desaparecieron, los tres. Vlado Davidovitch se acarició el torso, mirando con cruel delectación al inglés, que ya en pie movía en giro lento el cuello dolorido.

Y de pronto rió Davidovitch con su salvaje carcajada. Dijo después:

—Gracias por la advertencia, caballero. Un hombre como yo, un atamán, no puede perder el propio control hasta llegar a la deplorable situación en que hemos llegado. Una mujerzuela abofeteada..., y nosotros dos enzarzados en pelea tabernaria.

—Ahora hablas bien, *Dobrucha*. Y pegas mejor...

Vlado Davidovitch, sin mirar hacia donde Olga Nissen era viva imagen del terror, silbó agudamente.

Aparecieron corriendo dos individuos. Colgaba de sus cintos el corvo sable de los jinetes croatas.

Olga Nissen gimió, porque sabía que aquellos dos eran los verdugos de Davidovitch.

El guerrillero dijo secamente:

—¡Lleváosla! ¡Cortad el cuello a ésta mujerzuela traidora!

Barry Leonard retrocedió hasta enlazar por los hombros a la despavorida espía.

—No soy ningún caballero andante, *Dobrucha*, pero quiero evitar que cometas una acción de la cual te arrepentirías.

Vlado Davidovitch detuvo con el gesto a los dos ejecutores que avanzaban decididos a todo... Dijo:

—¿No fuiste tú el primero en despertar mis sospechas y acusar a ésta mujerzuela?

—No la llamé así nunca. Cuando me aclaraste lo que hacía ella en Ankara, cesé de recelar en exceso. Razonemos, por favor, *Dobrucha*. Esta mujer no se ha separado un solo instante de tu lado desde que huimos de tu cuartel general del Varazdin.

—He estado media hora ausente.

—Ella estuvo conmigo este tiempo. No pudo avisar a nadie. No lleva equipaje que no pueda ser registrado. Si crees que ha, avisado por algún medio ignorado, mira a ver si tus guerrilleros encuentran alguna emisora en sus cosas.

—¡Sólo ella puede avisar a Karpo!

—¿Cómo?

—No lo sé.

—Entonces, si tú defiendes una causa que estimas justa, si te has erigido en defensor de tu pueblo, ¿cómo puedes ordenar la muerte de un ser humano sin antes aportar una prueba de tu acusación?

—Juegas un peligroso juego, Leonard.

—Hace años que lo juego. Defiendo lo que creo defendible. Y ahora tengo la convicción que esta mujer no traiciona.

Con lentitud que para Olga Nissen era interminable, Vlado Davidovitch se

acarició el mentón. Después, con seco gesto hizo que los dos ejecutores desaparecieran.

—Os gusta siempre razonar a los ingleses. Cierto que no tengo más prueba que una convicción. Igual que tú, inglés. Una convicción contra otra.

Olga, Nissen se dejó caer sentada contra el tronco del árbol. Barry Leonard encendió su pipa. Trazó con la boquilla un interrogante en el aire, y el humo lo dibujó alargado.

—Veamos la situación, *Dobrucha*. Ferenc Karpo nos pisa los talones, y tu viejo cazador afirma que no sigue una pista normal, sino que parece ser advertido por un medio desconocido. Tú crees que es Olga la que les avisa. Yo creo que no ha podido hacerlo. Hay un medio sencillo de saber quién, de nosotros dos tiene razón.

—¿Cuál?

—Un hombre va a meterse entre los soldados y esbirros mandados por Karpo y averiguará cómo éste puede ser informado de nuestros pasos.

—Yo no mando a ninguno de los míos a una muerte cierta, porque eso que pretendes es un suicidio. Haría falta mucha inteligencia, mucha astucia para lograrlo.

—Cuando yo vendía *whisky* inglés, era el primero en probarlo para demostrarle al cliente que no era veneno. Yo iré al campo rodante de Karpo.

—¿Tú? Una mujer no vale la pena...

—Aparte de que yo digo que sí vale la pena antes de matar saber por qué se mata..., existe otra razón que parece haber olvidado. Inglaterra está muy interesada en nuestro conjunto triunfo. Mientras tengamos a Ferenc Karpo tras nosotros, nada podemos emprender. Es, pues, mi deber averiguar lo que sucede. A cambio te pido que respetes, la vida de Olga Nissen hasta mi vuelta. Ten por seguro que si allá averiguo que ella ha traicionado, no levantaré un solo dedo en su defensa.

—Te necesito aquí para conectar con los puestos ingleses.

—Lo hará perfectamente Percival Scott. Tengo tu palabra de que la vida de ella es sagrada hasta mi retorno. Ha caído la noche y favorecerá mis planes. ¿Puedes proporcionarme un uniforme croata?

—Vladinka... Pero no puedes arriesgarte así.

Olga Nissen se puso en pie. Avanzó y con sus manos engarfiadas a la altura, del rostro del guerrillero, balbució:

—¡Te odio, Vlado, porque me has tratado como a la última de tus amantes! Y no quiero que usted se exponga, Barry. Deje que este salvaje cometa un acto más de rufián.

—Ahora es usted la que debe calmarse, Olga. Ya está bien complicada la madeja y no debe usted enredarla más. ¿Dónde irán ahora, *Dobrucha*?

—Si obtienes el informe que deseamos, te esperaremos en el cruce de los senderos de las ermitas de Kapela. ¿Los conoces, amigo?

—Sí.

Vlado Davidovitch tendió la diestra.

—¿Amigos, Barry?

—Esto quiero, Vlado.

—Prometo respetar a tu... protegida.

Se fue el guerrillero. Olga Nissen sonrió tristemente.

—No sea loco, Barry Leonard. Aun, suponiendo que logre infiltrarse entre los esbirros de Karpo, ¿cómo podrá averiguar nada?

—Mi profesión es averiguar todo lo que me intriga desde hace muchos años.

—Por dos veces me ha salvado usted, Barry.

—La primera por casualidad; la segunda porque Vlado es irascible, pero también sabe reflexionar. No quisiera que usted me creyera Ricardo Corazón de León.

Ella cogió entre las suyas las dos manos del inglés:

—Manos frías, corazón ardoroso en generosidad, Barry —murmuró.

—Es qué la noche está que pela —rió Barry Leonard, molesto con desasosiego.

—No le agradezco salvarme la vida, Barry..., sino haberme defendido, y no tolerar, que me insulten... Y él es aquí el amo de vidas.

—Hasta que yo llegué —dijo Leonard con afectada fanfarronería—. Bien, Olga, pronto estará esto aclarado. No me desee buena suerte, porque la tengo. Dígame que mañana, lucirá el sol.

—Si antes, hubiese encontrado un hombre como usted, no sería ahora lo que soy. Una mujer deseada, pero en quien nadie tiene confianza.

—Creo que yo soy este «nadie», puesto que...

Se calló, porque impulsivamente ella, acababa de aplicar sus labios sobre los suyos, en beso fugaz, rápido, y se alejó presurosa.

Barry Leonard quedóse unos instantes quieto. Después sacudió la cabeza, porque más demoledor efecto que los puñetazos de Davidovitch le había causado aquel beso.

Se internó en la espesura, hasta que Vladinka apareció ante él llevando envuelto en un hatillo ropas, correa y botas.

—Uniforme de la policía croata de la *Gestapo*, amigo. Suerte. Yo te acompañaré hasta el lugar donde el viejo Plaski acecha el avance de los sabuesos de Karpo.

CAPÍTULO VIII

LA MÁS BELLA NOCHE DE FERENC KARPO

El frío era cortante, y Barry Leonard alzó el cuello de su tabardo con las insignias plateadas de la policía croata anexa a la *Gestapo*. Vladinka acababa de dejarlo junto un peñasco en el que se reclinaba un viejo barbudo de rostro arrugadísimo y ojillos caurros.

—Fría, noche, vejete —saludó Leonard.

—No puede sentir el frío quien se atreve a luchar con *Dobrucha*. Ni puede sentir miedo, y muy valiosa debe ser tu vida cuando *Dobrucha* no te ha matado. Mira, aquéllos son.

Desde el peñasco elevado veíase una explanada de maizales, triturados ahora por las ruedas de muchos coches detenidos.

Más allá de una natural barrera de árboles apiñábanse en grupos numerosos componentes de la columna motorizada.

Un lento ronroneo, casi inaudible, se elevaba de los motores que distaban medio kilómetro del peñasco donde el viejo Plaski acechaba, e iba retrocediendo a medida que avanzaban los perseguidores.

El rumor de los motores se hizo más creciente. Poníase de nuevo en marcha la columna. Fueron atravesando la explanada en grupos de cuatro coches por entre los que traqueteaban motos y sidecars.

Las tracciones llevaban a remolque las ametralladoras de carro, asistidas por dos soldados.

Plaski dijo:

—Vienen hacia acá como hienas que olfatean carne sacrificada. Los alemanes son guerreros, pero los cochinos croatas que les acompañan no tendrán nunca perdón. ¿Te quedas aquí, amigo?

—Sí. Hasta otra, viejo Plaski.

—Imita al ciervo y pisa suave cuando te acerques a ellos.

Desapareció el viejo. Barry Leonard contempló a los que se iban aproximando por los dos flancos del macizo peñascoso.

Era imposible meterse en uno de los coches, pero había motoristas solitarios que iban en vanguardia y retaguardia.

Veía desenrollarse, como una larga serpiente metálica, la columna motorizada que iba a la caza de los guerrilleros de Davidovitch.

Mentalmente eligió a un motorista rezagado cuando ya rebasaban el altozano de peñascos más de la mitad de los vehículos.

Formaban un anillo en elipse alrededor y se destacaron dos coches seguidos por una motocicleta, ascendiendo hacia el peñasco desde el que oteaba Barry Leonard.

El agente internóse en la oquedad cuya cortina de flores silvestres le había mostrado Vladinka.

Oyó acercarse cada vez más el petardeo de la moto. Sabía que los ocupantes de los coches apuntaban sus fusiles ametralladoras, acechando la posible aparición de ocultos guerrilleros.

Se alejó el ruido de la moto, anunciando descenso. Volvió a salir de su escondite el agente inglés.

Sentía por sus venas el hormigueo que siempre le cosquilleaba cuando iba a emprender alguna acción peligrosa. Era su droga: vivir tensamente. Una cocaína que no arruinaba el sistema nervioso. Una droga que sólo podía tener un fin: una muerte violenta.

Se deslizó por la ladera agarrándose repetidamente a raíces y arbustos, para no despeñarse por el pronunciado declive.

Estaba rodeado por doquier por el ruido de motores. No se oía otra cosa más que motores, y la columna humana parecía componerse de silenciosos maniqués de casco, tabardo, calzones, y botas rellenas de trapo.

Resaltaba la blancura de los rostros, como una máscara entre el ala del casco aplastado y la solapa alzada de los tabardos.

Un ruiseñor, pasado el primer momento de estupefacción, emitía una cascada de trinos y arpegios excitados.

Quedó Barry Leonard agazapado entre los matorrales que bordeaban el sendero por el cual acababan de pasar dos coches y un sidecar.

Podía haber rozado con la mano a sus ocupantes, sentados a la derecha de los vehículos.

Acercábase una motocicleta. La mano izquierda de Barry Leonard se cerró alrededor de un grueso pedrusco. Necesitaba incrustarlo en la sien del motorista, que por la recta iba acercándose, atento al mamilar, agitado por los muchos surcos del sendero abierto para tránsito de ganado, carretas y campesinos.

Si fallaba la pedrada, todo fallaría. Y un aluvión de hierro y plomo se abatiría sobre el intruso.

Y tenía que ser rápido, porque oíase el fatigoso y asmático resoplar de otra motocicleta.

Cuando era pequeño recordaba que no fallaba apuntando con guijarros a los gatos que pretendían meterse en las jaulas de sus pájaros.

Proyectó la zurda y apenas la piedra salía de su mano, salió al sendero. El pedrusco sonó gordamente contra la sien derecha del motorista croata, y cayó de costado.

La moto quedó en el suelo vomitando petardos, y rodando furiosamente la rueda delantera.

Barry Leonard arrastró al motorista lanzándolo por la ladera abajo. Se inclinó sobre la moto para levantarla, y en aquel mismo momento el sidecar apareció al extremo del sendero.

Mientras se acercaba, el corazón de Barry Leonard repicó fuertemente. Masculló ahogando la voz en sus solapas de tabardo:

—¡Puerco suelo! ¡Todo son hoyos!

En croata también, el que iba en la caja del sidecar, replicó:

—Monta y calla. Fíjate más en el manillar, estúpido.

Llevaba galones de sargento en la manga. Barry Leonard hizo un rígido saludo y montó en el sillín. Poco después se adelantaba pasando al sidecar.

Se detuvo cuando en otra explanada el sidecar y los dos coches que iban delante, se detuvieron.

«El ejército alemán o adiestrado en los Balkanes por los teutones, tiene la precisión de un complicado mecanismo de reloj. Cada hombre sirve para una cosa y lo hace matemáticamente».

Este comentario que oyó Barry Leonard de labios del propio Lord Mountbatten, tuvo ahora ocasión de comprobarlo prácticamente.

Cada hombre iba transmitiendo dos voces de mando.

—¡Apaguen! ¡Ciernan!

Apagar lo comprendió Leonard, y lo hizo con gusto, quitando el contacto que silenció el motor y apagando el faro delantero. Pero ¿cernir?

Observó a los demás. Y comprendió. Las fuerzas se dividían en cuatro grupos. Iban colocándose de forma que quedaron formados cuatro grandes círculos, cuyo radio tendría aproximadamente dos kilómetros.

El centro era el coche en el que iban los jefes, y un sidecar. El círculo exterior estaba compuesto por hombres y coches vueltos de espaldas al centro, que dirigían todos, los faros encendidos hacia fuera iluminando profusamente los contornos. Era así imposible un ataque por sorpresa.

Las diminutas, luces piloto con sus resplandores rojizos iluminaban tenuemente los demás círculos. Y en el centro, Barry Leonard reconoció a Ferenc Karpo, que vestía una canadiense gris con cuello de pieles, cubriendo sus negros cabellos una boina alpina.

Miró hacia el sidecar cuando estuvo cierto de haber «cernido», que era colocarse de forma que en caso de tener que disparar no hubiera ante su punto de mira, ningún hombre de los que formaban los otros tres círculos.

En el sidecar había un soldado inclinado en la caja sobre un extraño aparato que no era una radio ni un transmisor. Era como una plancha donde aparecían varios diales y esferas, iluminadas, por una luz azul.

Movía botones, y de vez en cuando consultaba un plano dividido en hojas cuadradas, dispuestas como hojas de un gran libro.

No llevaba auriculares. Y cuando cesaba de mover botones apoyaba, un compás

en una de las hojas del plano, y volviendo de lado la cabeza decía algo que Leonard no podía oír, hacia los jefes ocupantes del coche.

Pero era sólo Ferenc Karpo el que miraba un libro de planos idéntico al del motorista.

Se destacó del coche un oficial que lanzó una orden:

—¡Motor islas cuatro, once y dieciocho! ¡Coche siete! ¡En marcha, a Blata, comunicando por teléfono allá con el puesto de Kapela! ¡Notifiquen que deben cerrar el paso a los bandidos de Davidovitch que se dirigen hacia la llanura de Kapela!

Cuatro motores roncaban, desapareciendo pronto sus conductores a todo gas hacia, el Oeste.

Barry Leonard experimentaba, la mayor sorpresa de su intrigante existencia. Él sabía que los guerrilleros se dirigían hacia el cruce de la ermita de Kapela.

Pero ¿cómo podían saberlo Karpo y el operador? ¿Quién comunicaba con ellos?

De algún lugar partieron órdenes y otro coche avanzó hasta, llegar al centro de la explanada. Llevaba en la caja posterior un juego de altavoces, y un oficial tendió un largo tubo rematado por un micrófono a Ferenc Karpo.

Amplificadoras montadas en batería en serie, pensó Leonard.

La voz de Ferenc, Karpo, seca, tajante, vibraba con cierta, euforia cuando empezó su perorata:

—Vlado Davidovitch está cercado. Pronto nuestras fuerzas de Blata, y Kapela le cerrarán el paso al Oeste. Vosotros, los componentes de las compañías 81 y 83, tendréis el honor de atacar por el flanco sur. Los componentes de las compañías 87 y 88 atacaréis por el flanco norte, mientras los restantes cubriremos aquí el corte al este, cerrando todo escape a Davidovitch y sus bandidos. Ésta es la más bella noche para nuestra causa, pues señala el exterminio de Davidovitch. ¡En marcha las compañías citadas!

Barry Leonard permaneció inmóvil. Si el motorista al cual despeñó pertenecía a alguna de las citadas compañías, lo sabría porque algún suboficial le interpelaría.

Durante media hora hubo motores puestos en marcha que se alejaban traqueteando. A izquierda y derecha de Barry Leonard había un coche y un sidecar, distantes un centenar de metros.

Todo aquel movimiento al resplandor lunar, y con charcos rojos de las luces piloto en el suelo tenía algo de marciano, como si hombres-máquinas, robots científicos se dispusieran a aplastar en aluvión, de hierro y plomo a un enemigo de antemano triturado.

Los altavoces volvieron a funcionar cuando cesó el ruido de los motores de las compañías alejándose hacia sur y norte.

—Las compañías 76 y 79 se extenderán en formación abierta al nordeste. Las compañías 73 y 75 se extenderán en formación abierta de hilera al sudeste. Seguirán en sus posiciones las compañías restantes. ¡En marcha!

No era Ferenc Karpo el que hablado, sino uno de los jefes. Barry Leonard siguió

indiferente. Quería averiguar qué extraño aparato era aquel que permitía adivinar con tanta precisión y a muchos kilómetros de distancia los movimientos de Davidovitch yendo hacia Kapela.

¿Radar? ¿Goniómetro? Indudablemente era un localizador. Pero todo localizador necesitaba un detector de referencia. Podía a la distancia que se hallaba intentar destrozarse el aparato y buscar la huida... bastante difícil.

—¡Cierre la primera línea! —ordenó alguien.

Barry Leonard formaba en el primer círculo central. Hizo lo que veía hacer. Empujó su moto y la detuvo cuando los otros detuvieron sus vehículos.

Distaban ahora treinta metros del coche y el sidecar centrales. El silencio fue completo durante unos momentos.

Veía ahora Leonard el rostro de Karpo, ojos asiáticos rasgados, pómulos salientes, boca firme, mandíbula carnosa de animal de presa.

Oyó decir algo que no entendió, en voz baja, a uno de los tres jefes ocupantes del mismo coche que Ferenc Karpo.

Y el jefe de la *Gestapo* croata rió exultante, diciendo:

—Exacto, *Herr* Topfer. La mujer siempre ha sido la perdición del hombre.

El alemán alzó ahora la voz, replicando:

—Pero usted es el triunfador, *Herr* Karpo, ya que ha sabido, emplear la traición de Olga en su propio favor. Inconscientemente, ella es su mejor aliada.

—Digamos que la coquetería femenina, y su afán de embellecerse y mirarse al espejo es mi aliada —replicó Karpo.

El alemán rió guturalmente, como si Karpo acabase de decir un chiste. Encendían cigarrillos, mientras el motorista inclinado sobre esferas y diales azules, manejaba botones y el compás.

Barry Leonard trataba, de averiguar el oculto significado que indudablemente existía en lo dicho por Karpo y el llamado Topfer.

Súbitamente, se irguió y, como todos, miró en dirección al coche que con los faros encendidos avanzaba hacia el centro. Un hombre yacía atravesado sobre el asiento posterior con la cabeza vendada, donde moteaban manchas sangrientas.

¿Un accidente? Barry Leonard sintió que se le encogían los músculos de las piernas, mientras apoyaba las dos manos sobre los cilindros rayados del manillar.

Aquel «accidentado» era el motorista al cual él había lanzado un pedrusco en la sien.

Bajaron del coche dos oficiales. Uno, cuadrándose, informó:

—Recogimos al soldado Pauvniktza al pie de una ladera. Está muerto. Le robaron la motocicleta. Antes de morir dijo que le habían atacado desde un matorral.

—¡Placas! —rugió *Herr* Topfer—. ¡Revista de identidades!

Barry Leonard comprendió que tenía pocos minutos aprovechables. Cuando llegasen ante él, mirando sus muñecas, no podría presentar la placa con brazalete, donde constaban el número y Letras, que servían para identificar los muertos en

batalla.

Si embalaba la moto, cientos de faros le iluminarían inmediatamente, y sería acribillado.

—¡Cabo Brodna! ¡Diga qué máquina montaba el soldado Pauvniktza! ¡Pronto! ¡Aguardo! —dijo imperiosamente Ferenc Karpo, valiéndose de los altavoces.

Barry Leonard veía acercarse un sargento que distaba unos veinte pasos. Todo iba a terminar para el agente Barry Leonard. Era imposible escapar de aquel triple círculo de faros, coches, motos, ametralladoras.

Y decidió morir con provecho. Saltó al sillín, pisoteó frenéticamente el pedal, y dando la vuelta hasta el máximo a los aceleradores, se proyectó como un bólido en dirección al sidecar que delataba todos los movimientos de Davidovitch y sus guerrilleros.

Se estrellaría contra la extraña placa... No pudo ver la brusca maniobra con la cual Ferenc Karpo, como si adivinara su propósito, puso en marcha el coche, y torciendo el volante, presentó los recios parachoques.

Barry Leonard sí vio la interposición del férreo blindaje, donde se estrellaría. Soltó los manillares y alzó las piernas, saltando como un jinete que deja escapar su desbocado caballo.

Oyó el estruendo de la moto destrozándose contra el parachoques. Cayó de espaldas, rodó y trató de levantarse, pistola en mano. Pero la brusca caída, le había atontado.

Antes de que pudiera, levantar el brazo, una orden gutural abatió sobre su cuerpo, a tres individuos, uno de los cuales alzó una porra de caucho forrado, dándole en la nuca.

Barry Leonard cayó de nuevo. Esta vez de bruces, y sintió en la boca gusto a hierba mojada, hierro y sal. El clásico sabor a sangre, mezclada con hierba, en aquella noche que Ferenc Karpo estimaba la más bella de su existencia.

Todo se sumió en hondas tinieblas en cuya negrura brillaban puntitos diamantinos.

Le arrastraban por el suelo. Oía muy lejanas voces. Se quedó rígido, tensó. Y perdió por completo el conocimiento.

Tres minutos después, algo hormigueó por su nuca. Era como si le pinchasen con alfileres, cada vez con más insistencia. Sus párpados batieron. Comprendió que iba recuperando el sentido.

Otras veces se había encontrado en el mismo estado. Y había aprendido a no demostrar su recuperación, hasta no poseer todas sus facultades por entero.

A ojos cerrados comprobó que se hallaba sentado en un sillón metálico, sin respaldo. Sostenido, erecto, por un trípode apoyado en su espalda.

Un denso resplandor le hería la faz. Sin duda, había un foco dirigido contra su rostro.

Oyó la voz seca, tajante, fría e imperativa de Ferenc Karpo decir:

—Basta de simulaciones, Barry Leonard. Le felicito por su osadía inconcebible.
¿Quiere un cigarrillo? ¿Un sorbo de coñac?

CAPÍTULO IX

EL HOMBRE QUE NO PODIA ESCAPAR

Barry Leonard abrió lentamente los ojos. Volvió a cerrarlos porque el resplandor le cegaba.

—Un faro solo, *Herr* Topfer —dijo Ferenc Karpo.

Notó Leonard que el ardor incandescente amenguaba. No podía ver nada en rededor, pero ya no herían sus pupilas, los focos.

Mantuvo cerrados los ojos, después de un instante de silencio, Ferenc Karpo modulaba su voz en forma agradable, casi insinuante:

—Usted no es un obtuso bandido, terco y necio. Usted es Barry Leonard, uno de los excelentes agentes del «Intelligence». Cometió la leve torpeza de suponernos muy inferiores a sus capacidades. Podrá darse cuenta que sí escapó de la cárcel de Grastko, ahora no puede escapar. Su presencia aquí sólo puede tener una explicación: deseaba usted saber cuál era el medio infalible que nos hacía seguir todos los movimientos de Davidovitch, el guerrillero al cual los británicos consideran el único baluarte opuesto a la expansión croata. Es posible que lo sepa ya, Barry Leonard, aunque la dudo. Puede haber visto el cuadrante, pero ignora en absoluto a qué leyes físicas obedece.

Barry Leonard intentó alzar las manos, pero, ataque tenue y hasta entonces ignorada, notó la presencia de un lazo sedoso que mantenía sujetos sus codos a la barra del trípode pesado que le sostenía a la par las espaldas.

—Me gustaría poder llegar a un entendimiento totalmente privado y personal con usted, Leonard.

—Cosas más raras se han visto, Karpo.

—Bien, aprecio su humor. Permítame aclararle ciertos puntos. Debió usted formarse muy mal concepto de mi policía, cuando, después de nadar, salió a flote y se escondió en una chalana de Derkos.

Hubo una pausa, que Barry Leonard, aprovechó para mover con lentitud el cuello. No, no tenía ninguna vértebra rota.

—No crea que es por ulteriores averiguaciones como llegué a conocer su afortunada escapatoria. Colaboré en ella.

Barry Leonard, indefiniblemente, siempre había pensado que su suerte al escapar de las heladas aguas del Bósforo había sido enorme.

—Cuando comprobé que usted iba empujando fuera del agua a la hermosísima Olga, ordené a mis agentes apostados en la orilla, por donde usted iba a salir que se retiraran. No podían atacarle a usted con riesgo de que se estropeará todo mi plan, un

plan que el «Intelligence» desearía mucho saber. El caso es que usted y Olga lograron escapar, para reunirse con Davidovitch.

—Yo, personalmente, he fracasado, Karpo. Pero la situación no ha variado en nada por lo restante.

—Recapacitemos. Usted es un agente inglés. Va con una misión especial a tomar contacto con Davidovitch. Si usted no hubiese llegado a su lado, otro le hubiera substituido. Inglaterra tiene sobra de aventureros convencidos de que sirven afanes imperiales. Usted y Olga llegaron, pues, al cuartel general de Davidovitch. Ha comprobado ya que Davidovitch está cercado, y que todos sus pasos son milimétricamente controlados. Usted no puede escapar.

—Bien, ¿y qué más verdades puede usted decirme?

—Quienes arriesgamos nuestras vidas en misiones secretas, no nos duele tanto el perderlas como el cesar en la actividad embriagadora que supone vencer empleando el cerebro como arma. Yo le ofrezco la posibilidad de continuar siendo un agente bien dotado. Por favor, Leonard, no aluda a patriotismos raciales. Siempre, desde que el mundo es mundo, para el aventurero sólo hubo una patria: la del riesgo continuo, la acción y los triunfos.

—Es muy persuasivo su estilo, Karpo.

—Es acertar suponer que lo preferirá a otros métodos que operan con persuasión, cuando a quien se le dedican se le ha llamado en vano a las puertas cerradas de su comprensión inteligente. Espero que no me obligará a emplear tales métodos.

—Esto espero —sonrió Barry Leonard—. ¿Qué desea saber?

—Su misión acerca de Davidovitch.

—Enterarme de sus efectivos en hombres y armas.

—¿Con qué fin?

—Para tratar de señalarle un lugar donde nosotros le facilitaríamos armamento mejor.

No supo Leonard a quién pertenecía la mano que de revés chocó contra sus labios. Supo tan sólo que pegaba fuerte.

La voz de Ferenc Karpo se hizo condolida.

—Excuse el arrebató de *Herr* Topfer. Es un hombre amante de la verdad, y le horripila que trate usted de mentir. Sabemos perfectamente que el «Intelligence» conoce el número exacto de guerrilleros de Davidovitch, así como el armamento que poseen. Y no necesitaban mandar un agente de su categoría para indicar lugar dónde proporcionarles armamento, por cuanto en otras ocasiones lo han hecho en cierta playa, y en cierta montaña, desde una nave de comando, y desde varios aviones, de los cuales tuvimos el placer de derribar algunos. Hago una nueva llamada a las puertas de su cerebro, Leonard. ¿Cuál es la misión que le llevó junto a Vlado Davidovitch? Sabe perfectamente que no puede escapar.

* * *

El viejo Plaski llevaba sesenta y cinco años recorriendo los bosques, montañas y prados del Varazdin y Lika-Krava.

Por el estiércol determinaba la edad de la res. Por el vuelo de un ave, la presencia de un felino. Y por el dibujo de las nubes, el viento o la próxima lluvia.

Por esto consideraba que el moderno progreso era una filfa, por cuanto, para cazar hombres, se empleaban vehículos ruidosos y faros encandiladores.

Constantemente acudían junto a él guerrilleros, a los que informaba, y que partían corriendo a comunicarle a Davidovitch sus acechos.

Por fin, fue el propio Davidovitch el que se sentó junto a Plaski, quien sumisamente rozó con sus rugosos labios la diestra del *Dobrucha*.

—Corrígeme, anciano, si he interpretado mal tus ojeos. Han partido tres máquinas hacia Blata y Kapela, primero. Después, otras máquinas se han desperdigado a Sur y Norte. Y al Este, queda Karpo con otras máquinas. ¿Qué más me dices, anciano?

—La gran sierpe mecánica pretende soldar en muy gran anillo, y entre su cola y cabeza, más máquinas de Blata y Kapela; formarán el resto de la sierpe que pretenderá ahogarte en cerco.

—Así es. ¿Qué más viste?

—El extranjero llegó muy cerca de Karpo, pero ya está sentado y preso, bañado en luz de máquinas. Dame la orden y dispararé para que el extranjero, con mi plomo en su frente, no pueda hablar.

—Cuando una cuerda se ciñe a tu cuello, anciano, ¿qué haces?

—Intento romperla por donde más aprieta o por donde más floja está. Pero el seso no me escucha, y por donde me duele, rompo.

—Ferenc Karpo es quien me duele. Por ahí romperemos.

Algo atrás había una decena de guerrilleros tendidos en el suelo. Divisaban a dos kilómetros las tenues luces del aro férreo que rodeaba, a Barry Leonard y los jefes de la columna de retaguardia.

Al levantarse Davidovitch, lo hicieron ellos también. Colgando del pecho llevaban una mecha que, alrededor del cuello, remataba finalmente en dos rollos apretados.

Contenía dinamita el doble rollo unido por mecha rápida.

—Cuando el infierno se abra bajo los pies de nuestros enemigos, ninguno de los míos olvidará lo que he ordenado. Necesito saber lo que ya seguramente ahora sabe el extranjero, mi amigo Leonard.

—Hable, Leonard. ¿Cuál es su misión?

—Usted mismo dijo antes que, muerto yo, otro me substituirá. Y mientras viva Davidovitch, de nada servirá mi muerte.

—Antes del amanecer, Davidovitch habrá muerto.

—Entonces...

—¡Hable!

—Si piensa atraer a trampas a comandos ingleses, no cuente conmigo, Karpo. Soy terco y obtuso.

—Es estúpida su actitud. Sólo le conducirá a desagradables mutilaciones físicas. Usted posee seguramente una clave de sintonía con la que, desde cualquier punto, puede comunicar con los comandos. Tenemos aquí transmisores-receptores perfeccionados, y tal vez superiores a los empleados por el «intelligence». Bastará una prueba. Le dejaremos sintonizar, y si responden... será usted libre de marcharse fuera, del territorio yugoeslavo.

«Para manejar el transmisor, me dejarán las manos libres», pensó Barry Leonard. Replicó:

—Creo que poco me queda para escoger. Acepto.

—¡Bien! ¡Ludwig!

El motorista sentado en el sidecar, se irguió, rígido.

—Escuche, atentamente, muy atentamente, Ludwig —dijo Karpo—. Nuestro prisionero le dictará la clave de sintonía. Empiece, Leonard.

Barry Leonard maduró su respuesta: tenía que conseguir las manos libres. Tal vez si se parapetaba con Ferenc Karpo, ganaría unos preciosos momentos.

—Es onda ultracorta, con interferencia de una señal en zumbador penta.

—¿A qué intervalos?

—Regulando un transformador sexto, con dos resistencias de cinco amperios.

—¿Puede hacerlo, Ludwig?

—¡Sí, señor! Necesito unos minutos para soldar las piezas señaladas.

—Vamos bien, Leonard. ¿Quiere un cigarrillo?

—Acepto.

Entre los labios notó el contacto del papel prieto de una boquilla. Un «clic» de encendedor, y aspiró a fondo.

—¿Un sorbo de coñac?

—Acepto. Lo estoy aceptando todo, Karpo.

—Es lo lógico que era de esperar en usted.

Un frío contacto metálico siguió al quitarle unos dedos el cigarrillo. Vertieron líquido mientras él echaba la cabeza hacia atrás. Le calentó el estómago. Volvieron a colocarle el cigarrillo en los labios.

—Puede apagar el faro, *Herr* Topfer. Hay suficiente luz.

Tardó Leonard unos instantes en divisar a Karpo y al alemán. Estaban sentados frente a él, en el mismo coche. Lo que se apoyaba en su espalda era, pues, el segundo trípode de la ametralladora de carro.

—¿Qué pasa, Ludwig?... —inquirió, impaciente, Karpo.

—¡Montado el circuito, señor! Pero aun con la triple antena especial, no tiene fuerza ni potencia de captación.

Los asiáticos ojos de Karpo miraron a Leonard, que dijo:

—Su Ludwig es un buey.

—Ludwig es experto en radio, radar y detectores.

—Quiero decir que no es un circuito lo que le he dictado, sino una fase. La primera.

—Siga. ¡Atento, Ludwig!

—Acoplamiento de condensadores al tubo amplificador central.

—¡Están ya hechos, señor!... —clamó Ludwig a quien dos individuos iban entregando lo que él señalaba del interior de dos grandes cajas.

Barry Leonard sonrió, porque el circuito que dictaba era el que dos meses antes había caído en poder de los alemanes, y había sido declarado inútil por todos los servicios aliados.

Siguió diciendo tecnicismos, hasta que de pronto, Ludwig gritó:

—¡Clave «Cicerón»! ¡Anulada, señor!

—¿Qué significa esto, Ludwig?

—El inglés, señor, me ha hecho acoplar un circuito que está ya en poder de nuestros técnicos y que se conoce con el nombre de clave «Cicerón». Es circuito que no obtiene respuesta enemiga.

Herr Topfer levantó la mano. *Ferenc Karpo* se puso en pie, interponiéndose.

—Ha comprobado, Leonard, que es inútil... engañarnos. Es mi última oferta. Medite..., Y si obra con inteligencia, cuando, Ludwig obtenga respuesta quedará usted libre.

—Su oferta es falsa, Karpo.

—¿Qué le hace creer tal cosa? Su vida de usted es una ínfima partícula de cieno, ante la importancia de lo que puede revelarnos.

—Si usted me deja libre, comunicaría...

—Quedará libre cuando esté exterminado hasta el último brote de los guerrilleros de *Davidovitch*. Le repito que su mísera existencia no tiene valor. Quitársela, si cumple, sería como robar de la mano de un mendigo un puñado de calderilla.

Herr Topfer fue el primero en caer, destrozada la cabeza por una bala explosiva. Una conmoción súbita, como si la tierra se rajara en terremoto repentino, hizo trepidar las armazones metálicas de las máquinas.

El ataque de los dinamiteros fue conjunto y con objetivos bien estudiados. Las grandes brechas abiertas por las explosiones fueron surcadas por aullantes jinetes.

Ferenc Karpo sacó su pistola al ser derribado hacia atrás por una cercana explosión.

Pero *Barry Leonard*, en violenta contorsión, cayó de lado, fuera del coche, quedando colgante de los puños atados al sillín.

Los disparos de *Karpo* taladraron el espacio. Ludwig levantó los cristales contra bala. Dos guerrilleros estaban ya junto al coche. Fueron abatidos por los disparos de Ludwig y *Ferenc Karpo*.

Lo que siguió tuvo caracteres de apocalipsis destructiva. Saltaban en pedazos motocicletas, y coches, mientras los croatas servidores de las ametralladoras barrían

jinetes como si se tratara de muñecos.

Para el caso de un ataque, estaba previsto cierto orden de retirada y protección al centro, por cuanto muchos vehículos, sin dejar sus ametralladores de disparar, fueron colocándose a los flancos y retaguardia del coche de Ferenc Karpo y el sidecar del localizador.

Barry Leonard se vio arrastrado por el suelo, peligrosamente cerca de su cuerpo tendido las ruedas de máquinas.

El estruendo era general, ensordecedor. Se contorsionó buscando en vano liberarse del lazo que le unía al sillín ladeado.

Un jinete llegó junto a él, se agachó, y, desde la silla, asestó un tajo al lazo que retenía prisionero al agente.

Fue su última acción, porque una ráfaga, de ametralladora le acribilló.

Barry Leonard rodó de costado. Coches y motocicletas emprendían la retirada hacia el Este. La muerte esgrimía su guadaña en ambos grupos combatientes.

Pera un cuarto de hora después, cuando Barry Leonard estaba ya en pie, entre un grupo de jinetes desmontados, la columna motorizada se había esfumado, en veloz carrera, para reunirse con los otros.

Alguien le tendió una mano, y Barry Leonard se halló cabalgando a la grupa de un vigoroso caballo. Media hora después, hacían alto los supervivientes en una ancha y honda barrancada.

Vlado Davidovitch apareció, preguntando, ávidamente:

—¿Sabe va por qué Ferenc Karpo descubre todos mis refugios?

Barry Leonard vio más allá, sentada en un coche, a Olga Nissen, custodiada por tres guerrilleros.

—Necesito dos caballos, Dobrucha.

—¿Para qué?

—Para que Olga Nissen y yo nos alejemos de sus guerrilleros.

—Explíquese.

—Las fuerzas de Karpo No tardarán ni media hora en volver a formar un cerco alrededor de esta barrancada.

—Entonces..., ¿es que alguien les informa desde aquí?

—Sí y no.

—Hable, por favor, Leonard.

—Ordene que todo el grueso de sus fuerzas regrese hacia Kapela. Y yo le juro que las fuerzas de Karpo no irán allá..., sino que, como perros olfateando presa segura, irán tras Olga Nissen.

—¿Entonces, ella...?

—Ordene que sus guerrilleros emprendan el camino hacia Kapela, y enseguida le aclararé el misterio. Yo lo averigüé en el mismo momento en que estallaron las explosiones. Tuve entonces el ramalazo de lucidez, y comprendí. Allá le espero, *Dobrucha*. Junto al coche ocupado por Olga Nissen. Que dejen allí dos buenos

caballos. Hágalo, y triunfará. Indudablemente, Ferenc Karpo es endiabladamente listo.

CAPÍTULO X

EL IMAN

Cuando Barry Leonard llegaba junto a Olga Nissen, ya Vlado Davidovitch, que había dado las órdenes sugeridas por el agente, se hallaba pisándoles los talones.

Barry Leonard se sentó junto a ella, que, sonriendo, le contemplaba esperanzada. A la brusca señal del *Dobrucha*, los tres guerrilleros centinelas se alejaron.

—Estoy aguardando su aclaración del misterio, señor Leonard. ¿Hay o no traición?

—No hay traición, sino un ingenioso dispositivo que Ferenc Karpo planeó. Olga, usted me habló de un maletín-*necesser* de maquillaje, de la casa americana Max Factor, que se iluminaba con luz azul. No lo tome a frivolidad, *Dobrucha*.

Olga Nissen señaló, a sus pies, un maletín de piel de lagarto.

—Es una maravilla de tocador. La luz azul permite maquillarse perfectamente, porque está combinada de modo que hace resaltar las imperfecciones del cutis.

—No estamos en un salón de belleza, Leonard —atajó, impaciente, Vlado Davidovitch.

—Es esencial, *Dobrucha*. Si no me engaño, Olga, cuando usted se arrojó al agua, no llevaba dicho maletín.

—En París me hice hacer dos maletines idénticos, por si uno se me extraviaba, en los desplazamientos. Dejaba uno de ellos en un lugar seguro, donde pudiera recogerlo, en caso de huida, junto con otras cosas. Perdí el primero, que quedó en el coche abandonado en el puente de Grastko.

—¿Y éste?

—Lo recogí en mi lugar seguro, y con él vine.

Barry Leonard se agachó, y, recogiendo el maletín, lo colocó sobre sus rodillas. Pidió:

—Deme su cuchillo, *Dobrucha*.

Cogió el acerado puñal y fue trazando cruces sobre la piel y el satinado forro del interior. A medida que la piel y la tela se abrían, aparecían unos finísimos hilos que formaban una tupida red oculta en la tapa y en el fondo.

La luz interior del coche arrancaba destellos a francos, tarros y empuñaduras de peines, cepillos y lápices de perfilar.

El gran espejo que podía colocarse en ángulos distintos era iluminado por un juego de lámparas azules insertas alrededor del marco que el maletín, en su tapa superior, formaba al abrirlo.



—En diez minutos no quiero a nadie aquí...

Desnudó Leonard la recia asa de su piel. Quedó al descubierto un mecanismo brillante, alambicado.

—¿Qué es esto? —preguntó, sorprendido, Davidovitch.

—Un detector que, desde lejos, se conecta por onda especial con un radar localizador instalado en el sidecar que no se aparta del coche de Ferenc Karpo. Apenas llegó Olga junto a usted, *Dobrucha*, Ferenc Karpo lo sabía, y cada desplazamiento era inmediatamente localizado por Ludwig, el técnico. Ahora, mismo estará señalando en el plano este lugar.

—¡Traidora mujerzuela! —rugió Davidovitch.

Barry Leonard asió el antebrazo de Davidovitch, que, armado del puñal que le había devuelto, dirigía su punta hacia la garganta de la estupefacta Olga Nissen.

—De nuevo le ruego calma, *Dobrucha*. Más o menos, me dejó Karpo entrever la verdad. Él permitió que me escapara porque yo acompañaba a Olga. Él sabía dónde se hallaba el refugio seguro de Olga. Y mientras estaba ella en Ankara, cuando empezó a sospechar de ella, envió a un técnico a su refugio. El técnico montó este detector, de forma que nadie podría descubrirlo. Como dijo Karpo, la coquetería femenina es la mejor aliada de un hombre ingenioso. Olga, sin saberlo, se llevó su

preciado maletín. Y todo queda explicado.

Vlado Davidovitch miró a Olga Nissen.

—Presento mis excusas, Olga, pero... todo te acusaba.

—Debiste tener más confianza en mí, Vlado. Ya ahora las cosas no pueden ser como antes. Me has insultado.

—Me perdonarás, Olga. El tiempo te hará olvidar. Acepto su oferta, Barry Leonard. Pero no es preciso que ella se arriesgue con usted. Ven conmigo, Olga.

—No —replicó ella, sencillamente.

Pero en su negativa había una firmeza que el guerrillero comprendió no podría vencer.

—Abandone aquí el maletín, Leonard. Y pueden venir con nosotros.

—Es preciso alejar las columnas motorizadas de sus proximidades, *Dobrucha*. Remontaré hacia el Norte, en busca de la frontera italiana, y, cuando lo juzgue suficiente, abandonaremos el maletín. Usted, con el técnico Percival Scott, podrá ahora comunicar con los comandos. Y podrá actuar fácilmente, porque mientras usted esté en la costa dálmata, los hombres y todas las fuerzas de represión de Karpo se hallarán a miles de kilómetros al Norte. Le derrotaremos con su propia arma.

—¿No sospechará?

—Está convencido de que ignoro el método. Buena suerte, *Dobrucha*.

—Nos volveremos a ver, supongo...

—No lo sé. Yo cumplí mi misión.

El guerrillero miró a Olga Nissen, pero ella fingía contemplar detenidamente el interior del abierto maletín.

Tendió Davidovitch su diestra, y después montó a caballo. Caracoleó el blanco potro con arrogante acrobacia, y el jinete partió como una exhalación.

El silencio devoró pronto el rumor de los cascos alejándose al galope. Olga Nissen reclinó su cabeza, contra el hombro de Leonard.

—Siempre he soñado con ser protegida, pero ningún hombre lo supo hacer. Todos me daban la impresión de ser fáciles juguetes, que se rendían a mí primera insinuación. ¿No oyes en el detector de tu corazón la conexión con el radar del mío?

—Te contestaré cuando estemos en parajes más tranquilos. Ahora, pasaremos la noche entera corriendo hacia el Norte. Abrígate bien, y que no se caiga tu precioso maletín.

Los dos caballos, atados con larga cuerda al trípode posterior del coche, emprendieron el trote, tras el vehículo que, traqueteando, se dirigía hacia el Norte.

Ferenc Karpo había ya establecido contacto con el núcleo acampado al Este. Ludwig, en el sidecar, manejaba el cuadrante, y, tras tomar medidas, señaló un punto en el plano.

—Buscan la retirada por donde abrieron brecha —comentó Karpo—. Comuniquen con el resto de las fuerzas. Que se replieguen hacia el Norte. En la forma establecida. Antes del amanecer habremos dado caza final a Davidovitch.

El movable murallón mecánico fue abriéndose en boca de tenaza, cuyos dos arcos iban cerrándose como gigantescas mandíbulas alrededor de un punto hacia el Norte, indicado por un maletín, prodigio del arte de un maquillador, complementado por la ciencia de un técnico.

El cielo iba perdiendo su color azabache, con el grisáceo tono del próximo amanecer. Barry Leonard conducía, empezando a sentir los primeros síntomas del cansancio.

Despertóse Olga Nissen al brusco frenazo.

—Se acabó la gasolina —dijo Leonard.

—Hay galones aquí, llenos de provisión.

—Me refiero a que terminé mi misión en Yugoslavia. Ahora, a caballo, Olga. Desviaremos hacia el nordeste, para no tropezar con Karpo.

Ella recogió del maletín un lápiz de labios, un peine, un cepillo y una primorosa cajita de polvos.

Barry Leonard tocó en el hombro a la aventurera.

—Isolda de la Rosa no se maquillaba, y, se peinaba con púas de erizo. Deja estos engaños, Olga. ¿Qué sabes tú si en ellos no hay algo que pueda atraer como imán a Karpo?

Ella obedeció. Poco después, el coche quedaba abandonado en lo alto de la colina, ya dorándose a los primeros resplandores del sol.

En el asiento posterior quedaba el maletín abierto, y en su espejo, escrito con mayúsculas valiéndose de lápiz color escarlata, grasoso, había escrito Barry Leonard:

«Le felicito, talento. Pero hay una coquetería más peligrosa que la femenina. La de querer demostrar la propia habilidad».

Cuando los dos caballos hacían, alto en un bosque, fronterizo con Italia, Ferenc Karpo leía el mensaje escrito con lápiz de labios. El ayudante Gherard Wolfgang, de la *Gestapo*, gruñó:

—¿Y bien, *Herr Karpo*? ¿Dónde está Davidovitch?

Permaneció en silencio Ferenc Karpo. El alemán, añadió:

—Larga es la cuenta, *Herr Karpo*. No aludo a la gasolina, sino a que por dos días y dos noches ha mantenido usted en acción inútil fuerzas motorizadas. El fracaso... tendrá que explicárselo personalmente a *Herr Himmler*. Desde este instante, yo le relevo en el mando de las fuerzas que combaten a Vlado Davidovitch, que le ha vencido.

—No fue él quien me venció. Sino... un hombre que no podía escapar.

—El imán falló, *Herr Karpo*. Y seremos la irrisión de todos. La mentalidad demasiado complicada no nos sirve, *Herr Karpo*. Cuatro oficiales, le acompañarán ante *Herr Himmler*.

En el bosque, Barry Leonard, tendido de bruces sobre la hierba, dormía profundamente. Olga Nissen vigilaba su sueño.

La aventurera deseaba ya llegar a un «lugar tranquilo», donde, anhelante, aguardaría el momento en que el agente pudiera decirle lo que ella quería oír.

Y no sabía que en el «lugar tranquilo» su pasado accidentado desataría la última tormenta.

Confiaba solamente en su «imán», que actuaría cuando aquel hombre, el primero que realmente era dueño de su corazón, dejara por unos instantes de ser el agente en cumplimiento de una misión.

Ahora sabía que estaba poco favorecida, con su ropa desgarrada, sucia, sin maquillar, con el cabello revuelto.

Pero cuando pudiera reparar el desorden de su física presencia, volvería a ser la «Bella, del Bósforo».

CAPÍTULO XI

NÉMESIS

En la populosa e inquieta Trieste, los músicos callejeros y los mendigos pululaban abundantes por las arterias que desembocaban en el puerto.

Sentado sobre un cajón, un tocador de cítara vertía los obsesionantes compases de una musiquilla pegadiza. Ante él, un perro caniche se levantaba sobre sus patas traseras, ofreciendo al transeúnte que pasaba un platito que sostenía entre los dientes.

Tenía éxito. Y soldados alemanes, italianos, yugoeslavos, echaban una moneda, cuyo tintineo agradecía el perro meneando el rabo.

El tocador de cítara salmodiaba:

—*Grazie tanta.*

Tenía la tez brillante y morena, y ante sus ojos unas gafas negras denotaban al ciego. Ciertos agentes de la *Gestapo* que desconfiaban de todo, habíanle levantado las gafas al mendigo de la cítara.

Los ojos eran ciegos. Las cuencas, vacías. El mendigo explicaba que la metralla inglesa le había vaciado los ojos.

Era, frecuente que algún soldado, con nostalgia de su terruño aldeano, pidiera al músico la ejecución de alguna canción popular.

Calentándose al sol, y apoyado en el muro, junto al mendigo de la cítara, un soldado italiano acompañaba, con movimientos de cabeza, la dulce melodía napolitana que la cítara desgranaba.

De vez en cuando parecía hacer comentarios elogiosos. El ciego, lo era porque, en acción y cumplimiento de una misión, logró su objetivo, pero el estallido de una granada de cañón le hincó metralla en los ojos.

Pertenecía al «Intelligence Service», y no quiso le consideraran un inútil inválido. Pidió servir..., y desde hacía un año era, en el puerto de Trieste, el enlace con Londres de los agente británicos que por azar llegaban allá, huyendo, o en misión.

—Toca en sordina, Malcolm —dijo Barry Leonard, uniformado de soldado alpino, con profusión de medallas en la guerrera—. La gente está muy interesada viendo suministrar tres submarinos germanos.

Malcolm, número «M-40», arañó las cuerdas de la cítara, tocando en suave modulación una tarantela.

El perro, viendo que nadie transitaba, se sentó, depositando el platillo al alcance de la boca.

—Esta noche una lancha rápida te conducirá al minador «Mercury», Barry —dijo Malcolm—. Junto a la fábrica de salazones de Capodistria, en el embarcadero de

pilotes que avanza dentro del mar.

—No voy solo, Malcolm.

—Ya lo sé. Y así lo comuniqué. Me han contestado que la «Bella del Bósforo» es conocida en Trieste, y que es muy arriesgado la vean por la calle.

—Está segura, en la hostería del viejo Carlo.

—Nadie está seguro aquí, Barry.

—No puedo dejarla. Ella sólo quiere escapar. Puede ser útil. La pobre está vencida. Han sido demasiadas tensiones nerviosas, y tiene el corazón enfermo.

La voz de Malcolm se hizo dura:

—Otros corazones hay que dejaron de latir por culpa de ella. Y muchos corazones siguen viviendo con dolor, maldiciéndola. Némesis no es clemente, Barry. La diosa de la venganza hace tiempo que marcó una cruz negra sobre la «Bella del Bósforo».

Para variar la conversación, que se le hacía molesta, dijo Barry Leonard:

—¿Te han leído las últimas noticias?

—El ataque en la costa, de Davidovitch ha sido un éxito completo. Fue bien conjuntado con nuestros buques, y ahora tres divisiones alemanas han sido transportadas del frente norte a la costa dálmata. Temen que sea un preludio de invasión. Triunfaste en toda la línea, Barry.

—¿Qué se sabe de Ferenc Karpo?

—Visitó a Himmler. Y por la noche, «examinando una pistola, tuvo la desgracia de que ésta se disparara, hiriéndole gravemente en el vientre». Cuando muera, le harán un entierro honorable.

—¿Percy Scott?

—Ha encontrado muy agradable servir de enlace entre Davidovitch y los nuestros. Dice que al término de las hostilidades podrá escribir una novela magnífica.

—Si no te vuelvo a ver, suerte, Malcolm.

—La tengo. Nunca he ganado tanto dinero... como ahora. Y tocar la cítara no es difícil. ¿Con qué canción quieres despedirte?

—Si tocases lo que deseo, nos meterían a los dos en la cárcel. Adiós, Malcolm. Nuestra existencia es un continuo despedirse.

El perro se levantó, ofreciendo su platillo porque un oficial alemán se acercaba. Acababa de salir de uno de los submarinos, y tenía ansia de sol, luz y canciones.

Barry Leonard saludó, y el alemán, hablando un italiano defectuoso, sonrió.

—¿Qué hay, héroe? Estuviste en Lídice, ¿no? —Y señaló la medalla en el pecho de la guerrera.

—Tuve este honor —replicó, en alemán, Barry Leonard.

—¡Ach! —exclamó, complacido, el submarinista—. Oiga, abuelo; toque usted *Lili Marlen*. Es la canción que ha logrado hacer llorar de nostalgia a más bravos.

Los duros ojos azules del alemán se fueron velando por lágrimas cuando la cítara desgranó la canción solicitada. Al terminar Malcolm, el alemán dejó caer en el platillo algo que no hizo ruido.

El perro no meneó el rabo. Eran cien marcos en papel.

—Mala suerte, abuelo. Perder los ojos...

—Se ve mejor con el alma, señor oficial.

—¿Cómo sabes que soy oficial?

—El soldado italiano que se ha ido chocó los tacones y le saludó cuando usted llegaba.

—¡Ach!

Y el alemán se alejó. Deseaba encontrar alguna «novia» de una noche.

En una buhardilla de la hostería de Cario, Olga Nissen se miraba en el espejo. Nunca había estado tan atractiva.

Conocía ya los pasos, firmes y a la vez elásticos, de Barry Leonard. Al entrar el agente, ella tendió los labios, Barry Leonard besó sin pasión, suavemente, casi compasivamente.

—Esta noche nos iremos, Olga. Pero tendrás que hacer lo que te diré. No te aceptarían a bordó del minador, porque... eres una mujer.

—¿Porque soy mujer, o porque soy la «Bella del Bósforo»?

—Por ambas cosas. Pero yo no quiero dejarte aquí. Cuando termine de comer, iré a reconocer el embarcadero.

A media tarde, Olga Nissen fumaba, oyendo los discos de la gramola que en el patio da la hostería emitía a veces discordantes fallos, cuando oyó unos pasos acercarse por el corredor.

Unos pasos lentos, tanteantes... Buscó bajo el cojín en que se reclinaba hasta sentir el agradable contacto de la culata de la pistola.

La puerta se abrió, y el ciego tocador de cítara entró, precedido por el perro.

Malcolm era conocido ya de oídas por Olga, Preguntó:

—¿Está Barry?

—Se ha ido, pero no tardará en volver. Siéntese, amigo.

—¿Me conoce, señorita?

—Me habló de usted Barry.

—Ahora es cuando lamento haber perdido la visión.

—¿Por qué?

—Por la voz, tiene usted que tener un rostro bonito. Las voces, son espejo de semblantes y caracteres.

—Es posible. Siéntese.

Se levantó ella, y, cogiendo por el brazo al inválido, lo acompañó hasta el diván.

—Me dijo Barry que se hospedaba aquí en la hostería del viejo Carlo. Se ve el mar desde las ventanas, ¿verdad?

—Sí.

—Por este mar navegaba un gran amigo mío, casi un hermano. Era muy enamorado.

—¿Ah, sí? —dijo ella, con indiferencia, encendiendo otro cigarrillo—. ¿Quiere

fumar?

—Desde que no veo el humo, no saco sabor al tabaco. ¿Quiere oír la breve historia de este amigo mío?

—¿Por qué no? Cuente. La espera será así más corta.

—Se llamaba Sinclair Singleton. Era valiente e inteligente. Pensaron que era mejor emplearle como agente del contraespionaje, en vez de tenerlo de artillero a bordo. Desembarcó en un puerto embrujador, y conoció a una hermosísima mujer.

—Siempre la mujer...

—Siempre. Singleton se enamoró de ella. Una historia vulgar. Ella era espía enemiga. Y una fría mañana Sinclair Singleton fue fusilado.

—¡Pobre muchacho! —Y ella miró su reloj de pulsera.

—Usted le conoció, si es usted Olga Nissen.

—Soy Olga Nissen, y tengo memoria. Nunca conocí a Sinclair Singleton. De esto estoy muy segura.

—Es que... Singleton, al desembarcar cerca de Ankara, se hizo llamar por otro nombre. Conocía el turco a la perfección. Se hizo llamar Ilia Turpic.

Olga Nissen enderezó el busto y de sus labios cayó el cigarrillo. Replicó:

—Creo que le conocí, en efecto.

La diestra de Malcolm avanzó en zarpazo. Arañó primero, en tanteo, el busto, y después se agarró alrededor del cuello de la aventurera.

Debatióse ella salvajemente, pasado el primer instante de sorpresa. Pero Malcolm tenía ya en la zurda un cuchillo, que hundió varias veces en la carne femenina.

Cuando ella cesó de moverse, levantóse Malcolm. El perro gruñía, erizado el pelo. Malcolm se frotó las manos contra, un tejido.

Poco después, ya fuera, su cítara tocaba con alegre frenesí. Y el perro seguía presentando su platillo.

Barry Leonard, al entrar en la buhardilla, se abalanzó hacia la que yacía en el suelo, empapada en sangre. Latía aún el corazón. La envolvió en un abrigo, y, con ella en brazos, corrió escaleras abajo. Dirigióse al cercano hospital militar italiano.

Un médico y dos enfermeras, después de haber visto sus medallas, señalaron una sala, cuando el médico hubo visto las heridas.

Tendida sobre la mesa del quirófano, Olga Nissen gemía.

El médico, comentó:

—Parece como si la hubiera apuñalado un ciego. Hay heridas leves, y alguna peligrosa. Ha perdido mucha sangre. Trataré de hacer lo posible. ¿Es pariente suya, soldado?

—La encontré en la calle, doctor.

El médico fue drenando. Miraba de vez en cuando el contráctor que latía lentamente sobre la cabeza de Olga Nissen.

—Se va... —dijo, lacónicamente.

—¿No puede hacer nada por ella, doctor?

—Puede intentarse una transfusión de sangre.

—¡La mía!

—Que la enfermera compruebe si es apta.

Poco después, una serie de tubos de goma unían el antebrazo derecho de Barry Leonard con el izquierdo de Olga Nissen. Estaban los dos tendidos en dos mesas adjuntas.

Al fluir los primeros chorros sanguíneos, ella abrió los ojos. El médico, profesionalmente, comentó:

—La reacción primara.

Olga Nissen miró, tratando de vencer la turbiedad que velaba sus pupilas. Reconoció el sonriente rostro de Barry Leonard.

—¿Qué... sucede, Barry?

—Que estamos atados por vínculos de gran fuerza, Olga.

La tibieza de la sangre que iba regando sus venas daba una lasitud placentera a Olga Nissen, que murmuró:

—Estoy bien así, Barry. Acerca más... tu cabeza. Así. No recuerdo dónde estoy...

—Camino de un lugar muy tranquilo, Olga.

—¡Ah! —Y sonrió ella, parpadeando—. Cuando sonríes así, Barry..., siento que toda mi vida te querré.

Sus labios rozaban los del agente. Abrió los ojos, y se quedó estática, sonriendo, rígida.

El médico cerró la llave de paso que comunicaba las venas. Tocó en el hombro a Barry Leonard.

—Lo siento, soldado. Su novia ha muerto. La sangre que usted le ha dado es muy buena..., pero a la pobre le falló el corazón. Lo tenía enfermo.

Barry Leonard sintió que algo indefinible le apretaba la garganta. Se vistió. El médico tendía una sábana sobre la «Bella del Bósforo». Se quitó los lentes, y dijo:

—Murió feliz, soldado. Y acertó usted... Ahora va camino de un lugar muy tranquilo.

Y recuperando el tono profesional, añadió:

—Pase por la oficina 4. Tendrá que declarar.

Barry Leonard mostró sus falsos papeles. Declaró que había recogido a aquella mujer malherida en un callejón del puerto.

Le dieron una papeleta de presentación a la «Komandatur». Obscurecía cuando Barry Leonard se adosaba al muro, junto a Malcolm.

—Iré solo al minador, Malcolm. Ella me ha abandonado.

—Es lo mejor que podía ocurrir, Barry.

—¿Quién pudo matarla? No son del servicio alemán, porque me hubiesen esperado.

—Némesis adquiere muchas presencias, Barry... Pudo ser un amante desdeñado,

pudo ser un amigo vengador, pudo ser... ¡Tantos pueden ser los que deseaban la muerte de la «Bella del Bósforo»!

—Nadie sabía que ella estaba en la hostería del viejo Carlo.

—Lo sabíamos tú, yo... y el viejo Carlo.

—Carlo es de toda confianza. Tú, también.

Alzó el rostro el ciego. Barry Leonard le miró fijamente, porque en la diestra del tocador de cítara había arañazos.

—¿Qué tienes, en la mano, Malcolm?

—Destrocé una cítara que ya no dará más notas. Es tarde, Barry. Debes estar ya en el embarcadero.

—Sí... Debo seguir viajando. Adiós, Malcolm.

«Puñaladas de ciego...», meditó Barry Leonard, cuando ya el minador que lo había recogido se alejaba de la península de Istria. ¿Y por qué razón podía Malcolm haber matado a Olga Nissen? Era absurdo pensarlo.

EPÍLOGO

Dos meses después, en la campiña inglesa, cuando la primavera germinaba en todo su esplendor, el agente Barry Leonard respondía con mucha decisión a la pregunta:

—¿Aceptas por esposa a Muriel Smith?

—¡Sí, acepto!

Y la, novia, que había esperado dos años aquel momento, murmuró, cuando en el coche se alejaban de la vicaría:

—Barry... Me duele el corazón... Será porque hace dos años que he vivido constantemente inquieta.

Lejos, muy lejos, vio imaginativamente Barry Leonard a la que murió «porque le había fallado el corazón»... Replicó del mejor modo. Acallando con los suyos los labios de su esposa.

El pasado no existía. Y la primavera inglesa ahuyentaba todo recuerdo de las negras y frías aguas del lejanísimo Bósforo.

FIN



Pedro Víctor Debrigode Dugi (1914-1982) es uno de los grandes autores de la novela popular española en su época de esplendor, aquella que va desde los años cuarenta hasta inicios de los años setenta del siglo XX, cuando la televisión cambia definitivamente los hábitos de consumo de la sociedad española. Fue autor de centenares de títulos en la amplia diversidad de géneros que caracterizaba esta manifestación cultural aunque destacó en el terreno de la novela de aventuras y de la novela policíaca.

Nació en Barcelona el 13 de octubre de 1914, siendo su padre francés y su madre corsa. Educado en un ambiente culto —su padre era ingeniero aeronáutico— tuvo una esmerada educación. Estudió la carrera de Derecho aunque no la pudo finalizar pues el año 36, viviendo en Santa Cruz de Tenerife, se vio alistado en las filas del bando nacional al inicio de la Guerra Civil; tras solicitar su traslado a la Península se vio envuelto en extrañas circunstancias que le llevaron a ser acusado de espionaje. Tras ser liberado por falta de pruebas, intentó pasar a Francia pero no lo consiguió siendo nuevamente detenido acusado no sólo de espionaje sino de abandono de destino y malversación de caudales. Tras pasar por distintos penales y ser condenado, finalmente salió en libertad en octubre de 1945. Empezó a escribir desde la prisión y se casó por primera vez en 1949 teniendo cuatro hijas a medida que iba consolidando su dimensión de escritor profesional. La familia combinó la residencia en diversas poblaciones de Cataluña y se trasladó posteriormente a Santa Cruz de Tenerife. Desde 1957 hasta 1963 Debrigode se estableció en Venezuela donde trabajó como corresponsal de la Agencia France Press y como relaciones públicas de un hotel.

Vuelto a España, su esposa falleció en 1967. Se volvió a casar en 1972 y fijó su residencia en La Orotava a partir de 1974; falleció en febrero de 1982 a la edad de sesenta y ocho años dejando tras de sí una ingente producción literaria.

Utilizó un amplísimo abanico de pseudónimos aunque los más importantes fueron Peter Debry —con él creó la mayoría de su narrativa policíaca y del oeste— y Arnaldo Visconti —con esta máscara presentó toda su narrativa de aventuras— pero también firmó sus obras como P. V. Debrigaw, Arnold Briggs, Geo Marvik, Peter Briggs, v. Debrigaw, y Vic Peterson.